

Voluntariamente variada y sorpresiva es la obra literaria de Enrique M. Butti, un escritor argentino atípico, más conocido fuera que dentro de los límites de su país, más representativo del íntimo destierro de los desiertos argentinos que de los circuitos característicos de la *intelligentsia* porteña, de Buenos Aires. De su inédita pero espontáneamente difundida *El Club de los Depravados* a sus novelas de aventuras "para adolescentes", Butti hace acopio de una amplia y ecléctica gama de recursos y géneros. Una voz personal sostiene los cuentos, novelas y obras teatrales de Enrique M. Butti, signada por la fuerza de la imagen en los momentos cruciales de la anécdota (reflejo quizás de su experiencia cinematográfica), por un humor desbordante y por un estilo cincelado hasta la transparencia. En estos cuentos abunda el tratamiento de un *fantástico-cotidiano*, donde lo milagroso acecha a personajes que viven al margen de la Historia estentórea y heroica. No es casual que Butti reconozca su admiración, más allá de los inevitables Borges y Rulfo, por escritores nunca bien asimilados por la académica literatura latinoamericana "for-export", sobre todo por el uruguayo Felisberto Hernández, el brasileño Joao Guimaraes-Rosa, el argentino Manuel Puig y el mexicano Jorge Ibargüengoitia.

osamayor

2
osamayor

ENRIQUE BUTTI SOLFEO

osamayor

ENRIQUE BUTTI

SOLFEO

Diseño de colección: Felipe Alcántar.
Ilustración: Felipe Alcántar.

© D.R. Enrique M. Butti, 1993.

© D.R. 1993.
EDICIONES CORUNDA, S.A. de C.V.
Oaxaca No. 1, San Jerónimo Aculco,
Del. Magdalena Contreras,
10700 México, D.F.
ISBN: 968-6044-58-2 (Colección)
ISBN: 968-6044-61-2

SOLFEO

Se terminó de imprimir
en el mes de febrero de 1993,
en los talleres de
MULTIDISEÑO GRÁFICO, S.A.
Oaxaca No. 1, San Jerónimo Aculco,
Del. Magdalena Contreras,
10700 México, D.F.
La edición consta de 1000 ejemplares
más sobrantes para reposición.

IMPRESO EN MÉXICO/PRINTED IN MEXICO

ENRIQUE M. BUTTI

SolFeo

1. SolFeo	1
2. SolFeo	2
3. SolFeo	3
4. SolFeo	4
5. SolFeo	5
6. SolFeo	6
7. SolFeo	7
8. SolFeo	8
9. SolFeo	9
10. SolFeo	10
11. SolFeo	11
12. SolFeo	12
13. SolFeo	13
14. SolFeo	14
15. SolFeo	15
16. SolFeo	16
17. SolFeo	17
18. SolFeo	18
19. SolFeo	19
20. SolFeo	20
21. SolFeo	21
22. SolFeo	22
23. SolFeo	23
24. SolFeo	24
25. SolFeo	25
26. SolFeo	26
27. SolFeo	27
28. SolFeo	28
29. SolFeo	29
30. SolFeo	30
31. SolFeo	31
32. SolFeo	32
33. SolFeo	33
34. SolFeo	34
35. SolFeo	35
36. SolFeo	36
37. SolFeo	37
38. SolFeo	38
39. SolFeo	39
40. SolFeo	40
41. SolFeo	41
42. SolFeo	42
43. SolFeo	43
44. SolFeo	44
45. SolFeo	45
46. SolFeo	46
47. SolFeo	47
48. SolFeo	48
49. SolFeo	49
50. SolFeo	50
51. SolFeo	51
52. SolFeo	52
53. SolFeo	53
54. SolFeo	54
55. SolFeo	55
56. SolFeo	56
57. SolFeo	57
58. SolFeo	58
59. SolFeo	59
60. SolFeo	60
61. SolFeo	61
62. SolFeo	62
63. SolFeo	63
64. SolFeo	64
65. SolFeo	65
66. SolFeo	66
67. SolFeo	67
68. SolFeo	68
69. SolFeo	69
70. SolFeo	70
71. SolFeo	71
72. SolFeo	72
73. SolFeo	73
74. SolFeo	74
75. SolFeo	75
76. SolFeo	76
77. SolFeo	77
78. SolFeo	78
79. SolFeo	79
80. SolFeo	80
81. SolFeo	81
82. SolFeo	82
83. SolFeo	83
84. SolFeo	84
85. SolFeo	85
86. SolFeo	86
87. SolFeo	87
88. SolFeo	88
89. SolFeo	89
90. SolFeo	90
91. SolFeo	91
92. SolFeo	92
93. SolFeo	93
94. SolFeo	94
95. SolFeo	95
96. SolFeo	96
97. SolFeo	97
98. SolFeo	98
99. SolFeo	99
100. SolFeo	100



ECO
México, 1993

ÍNDICE

I. SolFETOS	9
LA HILACHA	11
CIUDAD SALVA	15
NEORREALISMO ITALIANO	23
LAS TRES MARÍAS VEN "EL EXORCISTA"	27
ARCA DE SALVACIÓN	31
MÁS VALE PAJARO EN MANO	33
SI TE VISTO NO ME ACUERDO	35
SU NOMBRE DORADO	39
LA VIDA EN LATA	45
ANDANTE CON BRÍO	55
II. SolFEO	63
NIÑAS LAVANDO EN FUENTÓN	65
HERMANOS	67
MÁS AL SUR	69
PASO A NIVEL	73
CLAROSCURO	81
PASTOR DE AGUAS	93
OPERA OMNIA EN MIL VOLUMENES	105

INDICE

9	1. SolFeitos
11	2. História
13	3. Criação
15	4. História da Igreja
17	5. O SolFeitos e o Brasil
19	6. A Igreja e o Brasil
21	7. O SolFeitos e o Brasil
23	8. O SolFeitos e o Brasil
25	9. O SolFeitos e o Brasil
27	10. O SolFeitos e o Brasil
29	11. O SolFeitos e o Brasil
31	12. O SolFeitos e o Brasil
33	13. O SolFeitos e o Brasil
35	14. O SolFeitos e o Brasil
37	15. O SolFeitos e o Brasil
39	16. O SolFeitos e o Brasil
41	17. O SolFeitos e o Brasil
43	18. O SolFeitos e o Brasil
45	19. O SolFeitos e o Brasil
47	20. O SolFeitos e o Brasil
49	21. O SolFeitos e o Brasil
51	22. O SolFeitos e o Brasil
53	23. O SolFeitos e o Brasil
55	24. O SolFeitos e o Brasil
57	25. O SolFeitos e o Brasil
59	26. O SolFeitos e o Brasil
61	27. O SolFeitos e o Brasil
63	28. O SolFeitos e o Brasil
65	29. O SolFeitos e o Brasil
67	30. O SolFeitos e o Brasil
69	31. O SolFeitos e o Brasil
71	32. O SolFeitos e o Brasil
73	33. O SolFeitos e o Brasil
75	34. O SolFeitos e o Brasil
77	35. O SolFeitos e o Brasil
79	36. O SolFeitos e o Brasil
81	37. O SolFeitos e o Brasil
83	38. O SolFeitos e o Brasil
85	39. O SolFeitos e o Brasil
87	40. O SolFeitos e o Brasil
89	41. O SolFeitos e o Brasil
91	42. O SolFeitos e o Brasil
93	43. O SolFeitos e o Brasil
95	44. O SolFeitos e o Brasil
97	45. O SolFeitos e o Brasil
99	46. O SolFeitos e o Brasil
101	47. O SolFeitos e o Brasil
103	48. O SolFeitos e o Brasil
105	49. O SolFeitos e o Brasil
107	50. O SolFeitos e o Brasil

SOLFEITOS

I SolFeitos

O SolFeitos é uma instituição de caráter religioso, fundada em 1954, com o objetivo de promover a evangelização e a formação cristã dos jovens. A instituição é dirigida por um Conselho Administrativo, formado por membros leigos e religiosos, e é financiada por contribuições dos membros e doações de terceiros.

A instituição possui uma sede própria, localizada no bairro de São Paulo, e mantém uma rede de atividades em várias cidades do Brasil. As atividades são realizadas em forma de cursos, workshops, retiros e outras iniciativas que visam à formação integral dos jovens.

O SolFeitos é reconhecido como uma das principais instituições de formação cristã para jovens no Brasil, e sua atuação é altamente valorizada pela comunidade religiosa.

LA HILACHA

La casa empezó a desvelarnos ya antes de comprarla. Mi Mirta, tan suave, tan imperturbable, saltaba de mis brazos en medio de la noche.

—Acá hay gato encerrado —decía, encendiendo la luz, con una mueca maligna y los ojos extraviados—. Gato, sí, montés.

Mientras tanto yo navegaba en la inconsciencia; no veía más que un golpe de suerte en el hecho de que se nos ofreciera una mansión inmensa y amueblada por el precio en que se estaba vendiendo mi departamentito en Río Seco. Un golpe de suerte similar al que me había traído con un nuevo trabajo a esta ciudad maravillosa. Mi falta de especulación es comprensible: si había conseguido que Mirta me mirara y me escuchara, y si ahora, increíblemente, éramos esposos y ella dormía en mis brazos, ¿cómo no aceptar cualquier ulterior milagro?

—Hay que consultar a un arquitecto, a un escribano y a una curandera —dictaminó mi Mirta en la noche de la decisión, volviendo a mí rendida, como después de una larga cacería por la selva.

El arquitecto describió lo que ya veíamos: que una parte de la propiedad (la que llamaríamos "zona residencial": salas y salones y dormitorios) se encontraba en perfecto estado de conser-

vación; que la parte de atrás (la que llamaríamos "el conventillo": cocina, baños, cuartos de servicio) se encontraba en un estado "que eufemísticamente podríamos definir precario".

El escribano revisó en la inmobiliaria los poderes, los planos y la escritura, y determinó que eran "legalmente intachables".

La curandera, una gorda que recorrió la casa primero con aires de reina y después con arrebatadas manifestaciones de vulgaridad, declaró que "no sentía nada raro", pero que apenas nos mudáramos volviésemos a buscarla para "sacar carpiendo lo maligno empecinado".

Nos instalamos enseguida. Durante días y días nos movimos como sacristanes de una iglesia que no condice con sus creencias. Las dos zonas de la mansión tenían el mismo estilo y correspondían a una misma fecha de edificación; las separaba sólo una puerta, pero era como si ese umbral dividiera el día de la noche. Nosotros íbamos, silenciosos y altaneros por la zona residencial, y apenas cruzábamos la puerta al conventillo nos poníamos a gritar, indignados y nerviosos, entendiendo que nunca podríamos imponer ahí orden y limpieza.

De noche, bajo el techo de molduras doradas y el fresco barroco de las Cuatro Estaciones, mi Mirta seguía desgredándose en la persecución del gato montés.

—A esta casa hay que llenarla de gente —saltó victoriosa durante la séptima noche.

Invitó a sus amigos artesanos de Río Seco, quienes no se hicieron rogar. Llegaron en tropel y, reunidos en la cocina, se repartieron peleando los cuartos de toda la casa.

Fueron los animales que estos parásitos se habían traído quienes me revelaron lo evidente. Los dos perros, el gato y el loro, libres de andar a su antojo, eran, en la zona residencial, mastines amaestrados de pelo lustroso y marcha afelpada, o voluptuoso gato de Baudelaire, o ave señorial en palacio medieval. Reposaban, o se posaban sobre la chimenea de mármol y en los divanes de brocado púrpura, y se confundían con las estatuas de ébano y marfil. Cuando andaban por el conventillo, en cambio, eran bestias del demonio, malolientes y rabiosas, contagiándose

la tiña y la sarna que bullía en los pisos mugrientos, entre ratas muertas y muebles podridos.

Los huéspedes, consecuentemente, se habían dividido en dos bandos enemigos: los señores del palacio y los promiscuos del conventillo. Sólo en el usufructo de la cocina y los baños coincidían, entre luchas feroces.

Un mediodía, al regresar del trabajo, encontré a mi Mirta dando vueltas por el conventillo. En chancletas y desastrada, pateaba basuras y estrellaba botellas contra las paredes.

—¡Ah, se acordó de que tiene casa, el señor! Total, de la pocilga se encarga esta estúpida. Yo sola tuve que echar a todos esos degenerados. ¡Si fuera por vos se nos quedaban a vivir para siempre!

Ella parecía desconocer el verdadero fantasma de la casa, contra el que nada podían las plantas de ruda macho que trafa periódicamente la bruja, y que crecían, exóticas y delicadas en las macetas del palacio, y hediondas y lujuriosas en las latas del conventillo. Yo no sabía dónde revelarle la verdad: ¿en la zona residencial, con el peligro de que mi etérea y grácil Mirta sufriera un trauma irremediable, un colapso quizás mortal? ¿O en el conventillo, con el riesgo de despertar una discusión en la que bien podíamos llegar a las manos, a los cuchillos?

Una tarde la cité en un lugar neutral, en un bar del centro, y le presenté la cruda realidad. Ni hablar de vender la casa, coincidimos. Reconstruir señorialmente el conventillo era algo fuera de nuestras posibilidades económicas. Quisimos probar una solución momentánea que resultó un fracaso: contagiar aristocracia al conventillo por medio de los mejores objetos y muebles. Inútil, ya que inmediatamente las lámparas y los tapices se contaminaban de una devastadora corrupción. Igualmente estéril fue intentar lo contrario: mancillar y bajar los humos de la zona residencial con objetos infames del conventillo. Apenas atravesaban el umbral, basuras, escombros y baldes de plástico parecían empaparse de una alquimia resplandeciente, de un bautismo redentor.

Volvímos a reunirnos en el bar y decidimos que sólo nos

quedaba ser señores residenciales. Estaba el grave problema de la cocina y los baños, imposibles de trasladar y de innegable utilidad. Resolvimos frecuentarlos lo menos posible, nunca juntos.

En ésa estamos. Cada expedición al baño o a la cocina es como una última despedida. El que se queda acompaña hasta el umbral al que se aventura en el infierno, y permanece ahí, espiando con angustia.

De todos modos, algo de la pudrición del conventillo invade nuestras nobles almas. Desde el umbral o desde la cama lejana, mientras espero que ella regrese de sus infames correrías por el conventillo, la escucho gritar sus odios, la entreveo en sus gestos obscenos y dando rienda suelta a su fisiología bestial. Como verdadero señor, no dejo traslucir la corrosiva mancha que va empañando su imagen en mi alma.

Yo mismo, en el momento de entrar en la boca del conventillo, me clavo las uñas, decidido no dejarme vencer, y sin embargo algo de mi lucha atroz debe llegar hasta ella. Cuando regreso de mis viles incursiones, la veo saltar de la cama y alejarse de mí con horror. Se acurruca, como una conejita acosada, en el rincón donde caen los más suaves y dorados racimos de uva de la alegoría del Verano.

CIUDAD SALVA

"No la destruíra (a la ciudad),
respondió (el Señor),
por amor de esos diez (justos)."
Génesis, XVIII, 32.

Más de diez no son, téngalo por cierto: se salva por un pelo, esta ciudad. Tan cierto resulta que, fíjese, José Zacote repetía: "Si hay undécimo, soy yo". Y lo decía seriamente, pero con la ironía del momento menos oportuno: empujando el codo, contando un sueño verde o negando caridad a un mendigo.

El Zacote y la Telémaca (que a sí misma, en gentil acuerdo con el compinche, se asigna el puesto duodécimo) son un par de solterones empedernidos, vecinos de barrio, insaciables curiosos. Cada uno por su lado, y juntos, espían a todo el mundo sin ningún recato, con la excusa de individuar a esos diez justos sin los cuales la ciudad no sobreviviría. Encuentran justificaciones para el vicio: "Si los descubrimos", repiten, "podemos ayudarlos a no caer en tentación; sustentarles la salud y la virtud para que la ciudad no perezca".

Hay días en que aparecen exultantes, aseverando que tienen dos o tres seguros "partidos" en vista. Pero un día José y otro día la Telémaca, dudan. A éste lo delata una iracundia sin razón, a aquél una gula sorpresiva y francamente repugnante, al tercero una vanagloria asquerosa.

No se desalientan sin embargo; por dos o trescientos filisteos hipócritas no van a abandonar una misión excelsa. Se turnan

para acechar a los presuntos justos y al atardecer toman mate intercambiándose descubrimientos y pormenores.

Al Negro Flores lo habían desestimado enseguida, por perezoso. La Telémaca, además, trataba de imputarle otros pecados porque le guardaba rencor: una vez el Negro la descubrió espiándolo encima de un tapial y la sacó a pedradas. Reacción lógica, argumentaba Zacote, sacrosanta indignación: Abraham hubiera hecho lo mismo y no por eso lo iba a desproteger el Señor.

Flores era un hombre jubilado en anticipo, el pelo negro todavía. No podía ser uno de los justos quien a edad activa duerme todo el día; eso habían asentado los dos curiosos al descartarlo de su rigurosa lista.

Pero resulta que una tarde la Telémaca se presentó chupando el mate mustia y reconcentrada. Zacote se puso en guardia ante ese fenómeno inusual: tuvo que servirle grapa y ponerle el disco de Los Plateros para que la mujer se deschavara.

El Negro Flores era todavía joven pero no gozaba de compleción robusta. La fiaca, se sabe, chupa las carnes. Observándolo atentamente, sin embargo, el Zacote tuvo que aceptar que el ojo de la Telémaca tenía razón: negrito feo y enclenque el Flores, pero con el brazo derecho morrudo, musculoso, un brazo que no tenía nada que ver con él, brazo de coloso.

Especularon: jubilado de oficina pública, el Negro Flores no podía haber criado ese brazo en actividad laboral. Deportes no había practicado nunca. En la cama, comprobaron, cuando dormía, dormía como buen cristiano, todo inmóvil, como muerto que respira, sin masajeos extraños. Al baño entraba y salía, en normales dinamismos.

Y lo más raro era que se había vuelto zurdo. Para comer, para firmar el recibo de su jubilación en el banco, para llevar los paquetes, usaba el brazo izquierdo. En el otro, en el gigante, escultural, miguelangelesco brazo derecho, ahí parecía instalada la sede de la flojera haragana. De aserrín parecía, ahí colgado, sin usarse nunca. Para hacer un nudo o ponerse los guantes, el Negro usaba el bracito izquierdo, el raquítico, y los dientes si era necesario. El brazo griego ahí inútil, mimado, escondido siem-

pre por una chalina. Pero atención: de ese portento no se podía dudar; no podía acusárselo de hinchazón malsana, de enfermedad hidrópica o de parálisis. La Telémaca se lo espiaba con admiración creciente; el Zacote, celoso, con envidia.

Los dos curiosos averiguaron con diligencia. En la farmacia "La Piedad Misericordiosa" se enteraron de que Flores usaba aceites y ungüentos musculares al por mayor. De ahí, dedujeron, le venía el tufillo a bacalao y alcanfor que antes habían supuesto ranciedad emanada de su casi perenne hibernación.

Indagaron entre los que habían sido colegas de trabajo del Negro. Una de las maduras señoritas lagrimeó ("Te dije que no era un santito", aprovechó para escupir la Telémaca en la oreja del Zacote).

—Yo tuve sus brazos entre los míos —confesó la señorita empleada—. Ahora ni me mira, pero quedó suspendido, nuestro amor, suspendido en el aire. Puedo vivir en ansia por ese amor, puedo vivir... Los brazos del Negro, ¿qué tienen? Los dos iguales, claro, ¿qué se creen?, mis gustos han estado siempre dentro de la normalidad. Sí que lo puedo jurar: yo se los palpé más de una vez. En verano los llevaba desnudos, tengo foto en la playa, vean, los dos equitativos, igualitos...

La pareja de mirones esmeró su guardia en torno del misterioso. La Telémaca temblaba al recuerdo de las piedras que alguna vez la había tirado Flores. "Esta vez me lapida con el brazo soberano", decía.

Poco a poco lograron circunscribir la zona del enigma. Algo sucedía en al cocina-comedor de Flores cuando llegaban las altas horas: el Negro cerraba entonces las ventanas y encendía una vela.

La Telémaca exhumó una especie, de lápiz, anunciado legalmente en los periódicos, que se abría como periscopio, invención de Taiwan que le había costado un mes de pensión. Fue Zacote quien lo utilizó, al artefacto, porque su colega se hizo venir la colitis. "Mi vicio de la curiosidad es mayor que el suyo", colegió Zacote. "A mí ningún temor me detiene; si hay undécimo es ella y no yo".

El periscopio ése chino se introduce fácil en cualquier rendija, se le aprieta un botón y clic, se abre, todo resortes, desplegando sus espejitos ya adentro de la zona prohibida. (Una obsesión le despertó al Zacote el bichito ése: si, como dice el filósofo antiguo, hay límite de universo, entonces, hendiendo con el lapicito espión el último muro, pues, uno podría ver la nada, el terreno baldío de Dios.)

Lo que Zacote vio al principio de esa primera noche fue el brazo descomunal de Flores pufeteado el aire, como boxeador que se entrena. La vela parecía tener manitas de luz que se contricionaban para masajear al titán. El Negro Flores casi no existía, expulsado a la penumbra del cuarto. El sujeto, el ser ontológico, el ente Negro Flores era ese brazo derecho, no el cúmulo de menudencias que sumaban la cabecita, el cuerpito, los otros miembritos.

Distraído en la admiración del portento, Zacote no advirtió cuándo fue que apareció el otro individuo. Con un estremecimiento perfiló los contornos de ese invitado inesperado, sentado de espaldas al lapicito chino.

Nunca, ni él ni la Telémaca, habían visto ningún extraño atravesar la puerta de entrada. ¿Un clandestino vivía en esa casa? ¿Un prófugo, un desertor de la sociedad?

Las menudencias del Negro Flores se acomodaron frente al individuo; El Brazo se asentó con el codo sobre la mesa, la mano abierta hacia el otro, que enseguida le enredó la suya.

La carita morocha empezó a achicharrarse en muecas de esfuerzo. El Zacote giró el periscopio hasta entender, con parsimonia de deficiente mental, que lo que acontecía era una pulseada, y que los dos contrincantes se desvivían por ganar.

Una pulseada, meditó, es cosa rara para esta hora de sueño y misterio. Esta pulseada no es juego de marineros ni de compadritos. Acá hay gato encerrado.

Gato, sí, montés. Porque además la cosa se prolongaba. Sudando el Negro, con una carita que daba lástima. El Brazo a punto de estallar, las venas saltonas, los músculos a punto de cortarse como cuerdas de violín.

¿Una hora llevaban? ¿Dos? Resoplidos, jadeos, pestilencias llegaban hasta el Zacote, atravesando paredes.

Cuatro horas; ya era un imposible.

El Zacote abandonaba a menudo su genuflexión ante el aparatito chino para masajearse los riñones, acalambrados por la caída del rocío. Y en el transcurso de varios días, porque la cosa se repitió días y días, al volver a mirar encontraba que la pulseada había terminado en empate, suspendida hasta la noche siguiente, y que el contrincante del Negro había desaparecido. El espectáculo terminaba siempre con la llegada del alba. El Negro, gimiendo de dolor, se tiraba entonces aceites y cremas sobre El Brazo, tieso como mármol, y, trastabillando, a ciegas, buscaba la cama. Era inútil quedarse de guardia: en la casa, del adversario, ni noticia durante todo el día.

La Telémaca escuchaba los informes con los ojitos entrecerrados, cansada, debilitada por su somatización diarreica. Y en una de esas tardes se presentó sirviendo mate con la Biblia en la falda. (¿Pretendía, con efecto escenográfico, ganarse el undécimo puesto?)

Leyó con estudiada dicción el episodio de la batalla entre los amalecitas y los fugitivos de Egipto. Resulta que cuando Moisés alzaba sus brazos, los suyos vencían, y cuando fatigado los bajaba, Amalec ganaba. Así que los compinches de Moisés lo sentaron arriba de una piedra y le sostuvieron los brazos en alto hasta que se que se fue el sol y llegó la victoria.

La Telémaca pasó las hojas del Libro con los dedos pegoteados de dulce de leche, y leyó otro caso, el del llamado Israel o Jacobo, que forcejeó con un varón en larga noche, y ese varón resultó ser un ángel o Dios mismo.

—¿Un ángel? —preguntó, deduciendo, atónito, el Zacote—. ¿El Negro Flores pulsea con un ángel?

—Yo no me quiero meter en este asunto, —se atajó la psico-somática—, pero si el Negro no quiere mirar a su adversario, si termina dolorido y cansado, si ese rival no entra en la casa por la puerta ni por la ventana y tiene miedo de mostrarse a la luz del día, yo no creo que sea un ángel. —Y corrió hacia el baño,

dejando al Zacote ahí, sin más ayuda.

Debía usar desodorante de ambientes, la Telémaca, para enmascarar sus malos nervios. A duras penas el Zacote abandonó ese aroma de jardines orientales para volver a saltar el tapial del Negro y agacharse en la intemperie sobre el periscopio chino, respirando la fetidez que transpiraba la casa.

Esa noche el periscopio le reveló enseguida que algo no marchaba. El Negro quería levantarse de la cama y no podía, se desmayaba, hecho pomada. Vana condición humana: capaz que una simple gripe iba a decidir la suerte de esa larga pelea.

El Zacote dudaba: ¿tenía que tocar el timbre y asistir al enfermo? ¿O espantar al adversario, cuando apareciera? ¿O tenía que irse nomás, para no asistir a la humillante derrota del compadre?

Dudaba tanto que decidió correr hasta la casa de la Telémaca para consultarla.

Todavía había luz en las ventanas. Para no levantar la perdiz y las habladurías de los vecinos chismosos, el Zacote entró sin llamar.

Entró en el comedorcito. Estiró el cuello y los ojos se le fueron como perros veloces por el corredor y llegaron hasta el baño. Atravesaron la puerta abierta y vieron lo que vio.

Ahí estaba la Telémaca, sentada en el borde de la bañera, toda tiesa y con la manga del batón arremangada.

Pulseaba con un joven sentado en un banquito, los codos en la orilla del lavatorio.

A pesar de que la Telémaca y el joven pulseaban mirándose a los ojos, sonriendo, rodeados de esa aura de aromas florales; a pesar de que el Zacote comprendiera ahora qué tipo de colitis era la que atraía, desde hacía días, a la Telémaca al baño, pues, no sintió celos. Mordiéndose el labio retrocedió, salió a la calle, golpeó la puerta. Enseguidita apareció la Telémaca, bajándose la manga del batón, mirándolo asombrada.

El Zacote contó del infortunio que aquejaba a Flores.

Ella lo escuchaba con creciente aprensión.

—Me pongo el tapado y voy —dijo, cuando él terminó, vol-

viendo a entrar en la casa.

El curioso dio unos pasos. Los ojos trotaron como una jauría hasta el bañito en el fondo del pasillo: la puerta estaba cerrada.

La Telémaca volvió a aparecer, agitada:

—Quedate, así no tengo que perder tiempo en cerrar la puerta —y salió corriendo a la calle.

Y ahí, mientras el Zacote recorría corajudo el corredor y abría la puertita final, llegándole más penetrante el aroma de jazmines y glicinas, un claro se empezó a formar en su bosque de neuronas aturcidas.

El intruso sonrió y le contagió la sonrisa.

—Buenas, José. La Telémaca no hace más que hablarme de usted —dijo el ángel.— ¿Viene a entrenarse? Podemos estar tranquilos y confiar en su amiga; lo va a tener cortito al que le dije. Además, el Negro Flores se va a recuperar pronto. Pero aunque sea para pasar el tiempo, sin compromiso, podemos jugar un poco, ¿no?...

NEORREALISMO ITALIANO

Repetía como un loro argumentos que me ponían los pelos de punta. No, no, me interrumpía, la grandeza de ese cine fue que estableció una relación comprometida con la realidad.

Tenía la infame capacidad de recurrir a las nociones no sólo más insulsas sino también más peligrosas, las que habían desgarrado varias décadas del pensamiento crítico y del arte en nuestro país subdesarrollado. Para evitar las discusiones yo me empecinaba en tomar los costados más anecdóticos. Le recordé lo que había declarado Tony Navarro, un funcionario de la Warner Brothers:

—¿Te imaginas tú el shock, allá por los años cuarenta, cuando en los Estados Unidos se vio, por primera vez, a la Magnani, gritando como una loca y corriendo por las calles de Roma? ¿O cuando la Mangano cargaba fardos de arroz levantando los brazos y veías clarito toda la pelambre que tenía debajo de las axilas, porque nunca se las había afeitado? Imagina, chico, trata de imaginarlo. Era el momento de las June Allyson, de las Janet Gaynor. Todas mujeres que antes de pisar el set, se hacían depilar hasta lo que no se ve para parecer más bonitas. Y de golpe aparecen estas italianas vociferantes, sudorosas, con olor a hembra. Fue duro para Hollywood. Se tardó años en reaccionar.

Por otro lado, la discusión no tenía sentido porque yo compartía una incondicional admiración por De Sica y por Rossellini. Opté por no prestar atención a lo que decía, banalidades que sólo ahora recuerdo con un escalofrío, tipo:

—Ese cine pudo existir porque los cadáveres y el derrumbe de las casas por la guerra todavía palpitaban...

Para que no sobreviniera el silencio, tan incómodo entre turistas que se ven obligados a compartir largas giras y un idioma común entre extranjeros que se obstinan en no hacerse entender, yo seguía mascullando mis propios lugares comunes:

—De todos modos es ese cine realista el que mejor demuestra la importancia de lo formal. Hay pocos ejemplos de un esteticismo tan lúcido. Vea Visconti, por ejemplo.

—¿Visconti? —saltó—. Mañana vamos a la Toscana. Si tenemos tiempo nos desviamos un poco y le muestro algo interesante.

Dos días después nos separamos por unas horas del grupo de excursionistas. Un ómnibus nos dejó en un pueblito perdido entre colinas. Una larga caminata nos llevó a un gran valle cubierto de amapolas silvestres.

—Aquí filmó Visconti aquella escena de batalla que aparece en "Senso". Era la primera gran escena de masa del cine europeo sonoro que supo superar a las rimbombantes superproducciones norteamericanas.

—Me acuerdo —le dije—. Los soldados uniformados, marchando a pie, apuntando con las bayonetas, entre las parvas doradas de heno, algunos cercanos y otros por allá, con las piernas firmes por el coraje o temblorosas por el terror. Me acuerdo de los colores vivos, de los disparos secos que un eco devolvía, de quienes caían sin un grito, todo en una toma larga y pausada...

—Es lógico que se acuerde —me interrumpió—. Era toda verdad. ¿Ve cómo es verdadero este cielo, esos yuyos? Así, entonces, todo era verdad. Si usted cava, aquí, encuentra el cadáver de los extras, esos que usted dice que caían sin un grito...

Me refí:

—La fantasía me parece un poco grandilocuente, ¿no?

Me miró con el desprecio de los creyentes a quienes se exige una prueba y se encerró en un terco mutismo. Nos salvó una lluvia repentina y una larga carrera en busca de reparo.

Siempre imaginé que las tormentas improvisas y feroces eran un anacronismo del trópico salvaje, largamente superadas en los países de cultura secular. Aquel día entendí que perdía otro de esos agradables prejuicios que los viajes malogran. Más de dos horas estuvimos detenidos bajo el tinglado de una choza medio derrumbada —y fue otra fea sorpresa descubrir la existencia en el Viejo Mundo no ya de espléndidas ruinas sino de depresivas taperas—. Los desniveles del terreno crearon enseguida riachuelos que amenazaban con degenerar en aluviones.

Me agaché a recoger el brillo que creí de una moneda —una moneda de oro acuñada por Alejandro, me ilusioné—. Era un botón, y al tirar de él, el barro chirle me dejó exhumar la tela a la que estaba adherido. Todavía agachado alcancé a ver que se trataba de un jirón de pechera militar, podrido por la humedad. En el dorso del azul desteñido vi una etiqueta bordada en la que aún se podía leer: "Costumi Cinecittà".

Miré hacia arriba; mi compañero de viaje me ignoraba concienzudamente, con la vista perdida en la lejanía. Dejé la tela y me levanté.

Mientras meditaba si aprovechar o no de mi hallazgo para intentar una reconciliación con mi vanidoso acompañante, me puse a jugar con el taco de mis zapatos en torno de la tela embarrada, hasta que choqué con algo que me pareció una piedra y que el rápido reguero de agua fue descubriendo. No soy antropólogo, pero cualquiera hubiese comprendido de inmediato que se trataba de un costillar humano.

Seguí jugando con el pie y, para no dar el brazo a torcer, logré ocultar huesos y trapos sin que el sabihondo que silbaba junto a mí se percatara de nada.

Unas horas más tarde nos reuníamos en Florencia con el resto de la comitiva. De ahí en más, amable, escrupulosamente, ese señor y yo no dejamos de evitarnos.

LAS TRES MARÍAS VEN "EL EXORCISTA"

Yo había ido a cenar a la casa de las Tres Marías cuando en medio de la comida al canal local no se le ocurre mejor cosa que pasar *El exorcista*.

Una María es tía por parte de mi madre, otra es mi hermana mayor y la otra nunca entendí bien si criada, hija natural o no sé qué de un hermano de mi padre. Son viejas, solteras y viven en un equilibrio muy especial, con peleas feroces que sólo es capaz de apaciguar el largo rosario nocturno que rezan a la luz de una vela o a la luz del televisor, al que bajan el volumen.

Nos pusimos a mirar la película. No dejaban de hacer comentarios. Se daban por la pobre niña posesa, pero a la vez no querían dejarse engañar:

—Se hace la mosquita muerta, pero en cualquier momento sale con un martes trece.

—Si la matan, ¿matan a la chica o al diablo?

—Y pensar que hay gente que todavía duda, que andan diciendo que el demonio no existe.

—No les conviene. A ellos también se les metió adentro. Dicen que no existe para disimular, para pasarla mejor.

—Nadie les presta atención y entonces hacen lo que quieren.

—Roban y matan...

—Hacen el mal por el mal, nomás.

—Los políticos hacen un pacto, no digan que no.

—¿Pero qué te importan los políticos, a vos? Lo peligroso es la gente que tenés cerca. Capaz que un vendedor de la feria, o una vecina. Vos la saludás, le hablás lo más bien, ¿y quién no te dice que es el diablo que aprovecha para meterte cosas en la cabeza...?

—Sí, vos le comprás confiada la comida, y lo que te vende es la fruta de la perdición.

—Eso es lo que a mí me preocupa. Si el diablo toma una forma simpática, ¿cómo hacés para reconocerlo?

—Algo de inmundo le tiene que quedar.

—Dicen que se le ve la cola y la pata de cabra...

—Yo les digo siempre a éstas que hay que estar atentas, con cuatro ojos. El enemigo es astuto. Pisás y te salta la víbora...

—Ay, callate, querés. Dejá escuchar...

Cuando en la película los exorcistas rocían con agua bendita el cuerpo de la maldita niña, y empiezan a rezar: "Padre nuestro que estás en el Cielo...", las Tres Marías no dudan en unirse en coro: "...santificado sea tu Nombre..."

Tras una lucha feroz contra el adversario instalado en la niña, el sacerdote mayor le dice al joven: "No oigas lo que dice Satanás. Sus artimañas no tienen fin, y tratará de embaucarte con sus argumentos y sofismas".

Enseguida vuelve a verse a la niña posesa, atada a su cama. Con voz gruesa, el demonio habla a través de su boquita fétida. Una de las Marías se lleva las manos a las orejas:

—¡No escuchen! —grita—. ¡Que el padre dijo que no hay que escuchar!

Al terminar la película se olvidan de mí. Bajan el volumen del televisor y empiezan a rezar el rosario, tan fervorosamente que una interrumpe:

—María, ¡no recés tan fuerte que no me dejás concentrar!

Saben que yo descreo y critico. No me animo a irme porque imagino que me observan para ver las reacciones de mi demonio. Distráido con mis propios pensamientos danzando al son de las letanías, empiezo a murmurar sus oraciones. Las descu-

bro espiando mi boca, y no sé si al unirme a sus rezos los tranquilizo o aumento su desconfianza.

ARCA DE SALVACIÓN

Las tres ancianas viven solas en un caserón que el tiempo ha ido perfeccionando pacientemente. Cuando rezan el rosario, en una letanía que las rodea como barranca de isla, los animales de la casa se acercan y permanecen encantados en el límite preciso de luz que dibujan las velas. En una cornisa ha crecido un retorcido árbol de kinotos que en verano hace nevar pétalos sobre las tres agasajadas —se sacuden el cabello con un falso gesto de molestia que es de verdadera modestia— y en invierno se llena de frutas, fosforescentes a la luz de los relámpagos.

De vez en cuando las visita un medio sobrino solterón que se indigna por la convivencia que las mujeres han entablado con las alimañas, las ratas, las hormigas y las palomas instaladas en el entretecho.

—¿Cómo aguantan a esos bichos que no dejan de rascar ahí arriba, como si uno los tuviera en el cerebro? —les grita, con benévola o interesada preocupación.

Un día este sobrino les invade la casa de albañiles y plomeros. Las mujeres se acorralan en un rincón, estremeciéndose con cada golpe y con cada risotada. Por el sol del patio los hombres van con el pecho desnudo, adelante y atrás, rascándose las panzas peludas.

Ellas se ilusionan con que la penumbra las hace invisibles. Los hombres, sin embargo, se acercan, preguntan:

—Doña, ¿el tanque funciona? ¿No tendrá un alambre un poco grueso por ahí?...

La menor mira para otro lado. La otra ni existe. La mayor niega, niega antes de que el obrero termine de hablar.

Al segundo día ven a los hombres subir al techo, arrancar y tirar abajo el arbolito de kinotos. Esa noche, durante el rosario, los animales que las rodean parecen reprochárselo.

—Ya no habrá más pétalos, ni perfume, ni kinotos —dice la menor, y ese lamento basta para decidirlos a salvar el resto.

Cuando a la mañana siguiente llegan los obreros, se encuentran con las tres mujeres en guardia delante de la puerta de calle.

—Se terminó. Dejen todo así —ordena la mayor.

—Su pariente iba a venir hoy para ver cómo marchan las cosas y pagarnos una parte. Tenemos un contrato, nosotros.

—Ya vino mi sobrino, esta mañana temprano. Me dio la plata, acá tienen. Ahora se me van.

Los hombres insisten: falta hacer tanto, todavía. Cuando se convencer de que la decisión de las mujeres es inexorable, piden entrar para recoger sus herramientas.

Mientras juntan sus cosas, vigilados atentamente por las tres hermanas, los obreros escuchan el ajetreo infernal de los bichos en el entretecho, forcejeando como si se repartieran un botín inesperado y succulento.

En un rincón hay un manojo de ropa tirada; ropa masculina, fina. La mayor le dice al plomero:

—Si le sirven esos vestidos, lléveselos. Esas manchas, con lavandina se van.

Al salir los hombres a la galería casi los hiere una paloma que vuela veloz al ras, como un halcón, con un huesito y una ramita de kinoto en el pico.

MÁS VALE PÁJARO EN MANO

Mi amigo Mario tiene en su casa muchas mujeres futuras. Algunas son tan venideras que no pasan nunca de ser renacuajos, flotando en probetas decoradas como frascos de perfume. Sólo comparando las fotos de distintos años puede notarse en ellas algún crecimiento.

Otras son señoritas gráciles pero reducidas como esas muñequitas norteamericanas con el pelo batido, a las que pueden cambiarse los vestidos, los corpiños y los minúsculos tampones, en los que desovan un trébol morado o un montoncito de caviar esponjoso. Aunque bien formadas, esas chicas son sumamente frívolas y lo enloquecen a uno hablando todo el día de modas y veraneos. Mario insiste en querer demostrarme que la evolución humana tiende al empequeñecimiento, y sueña con que muy pronto los hijos de sus hijos podrán poseer a estas bobitas, tan bronceadas siempre. Yo le digo que sí, pero me deprime espiar a estas mujeres en su intimidad, ajetreadas en sus laboriosas operaciones de maquillaje.

De las mujeres futuras que dan vueltas por la casa de Mario, las más prometedoras son las que brotan por unos segundos a las tres de la tarde. Saltan de los frascos y dan un paseo por la mesa, desnudas y provocativas. Son unas quince, y bailotean

agitadamente antes de esfumarse en su instantáneo retorno a semilla. Mario ha tratado sin éxito de darles distintos horarios, porque la confusión lo lleva a trastocar más tarde las hibridaciones, y a corregir en una semilla detalles que debían ser corregidos en otra. El resultado es que las morenas saltan al otro día con ojos celestes, dando la desagradable impresión de ser ciegas. Aparecen unas, altas y flacas, con manitas rogordetas, y otras que ya no tienen muslos equitativos.

A la larga he decidido no frecuentarlo más. Era como tener un amigo muy charlatán y mentiroso, que promete mucho y no da nunca nada. Esas visitas me dejaban muy triste y desahuciado. Mi señora, por otra parte, me hizo notar que yo volvía raro después de cada encuentro con Mario, y que pasaban hasta semanas antes de que aceptara caer en sus brazos.

SI TE VISTO NO ME ACUERDO

Mi amigo Julio perdió a su mujer y yo aproveché para volver a frecuentarlo. Estaba desesperado, repetía:

—No puedo vivir sin ella. Me falta todo. No puedo vivir sin ella.

Yo le decía que hay que resignarse, esperando el momento oportuno para proponerle hacer juntos un viaje o insinuarle que podía mudarme a su espaciosa casa para que tuviese compañía. Entre tanto tenía que aguantarme sus lamentos. Quería hacerse espiritista; en medio de nuestras veladas se echaba de rodillas y vociferaba, llamando al demonio, dispuesto a hacer cualquier pacto con tal de encontrar a su Dorita.

Yo tenía una frase atragantada que ahora me arrepiento de no haberle dicho: que los muertos muertos están, que los vivos se tienen que contentar con los vivos, que recurrir a lo desconocido es peligroso y que no conviene jugar con fuego.

Un día voy a visitarlo y me lo encuentro encendiendo un fósforo atrás de otro. Le digo:

—¿Qué tal? Fresquita la mañana, ¿eh? ¿Qué hacés?

Ni se molestó en contestar. Para no sentirme despreciado, me senté y me puse a observarlo. Así, después de un buen rato, empecé a entender por mi cuenta que lo que Julio miraba en

cada llama era a la mujer muerta.

—Dora, Dorita... —decía, raspando el fósforo con los ojos desecados. Y el rostro de Dorita aparecía, temblaba y se apagaba.

De ahí en más se encerró en su casa y lo único que sabía hacer era pasársela iluminando recuerdos. Probó desde luego con velas, pabilos y fogatas, pero la finada parecía empecinada en asomarse sólo en esos quince segundos en que arde un común y silvestre fósforo de madera.

Me armé de paciencia creyendo que el tiempo apagaría esa manía, pero la mujer había conservado su astucia en la ultratumba y evidentemente se desvivía en maquinariar el mejor sistema para seguir controlando a su marido de lejos y mantenerlo alejado de mí.

Lo tenía en ascuas, como se dice, porque la mosquita muerta le renovaba en cada fósforo la pasión del encuentro y la fea agonia de su extinción.

Al pobre Julio se le enquistó esa costumbre a todas luces insalubre: la casa olía a infierno, a azufre, y las paredes y el techo estaban ennegrecidos, sin contar sus manos que eran una sola llaga, ni su lamentable deterioro físico, porque no se permitía perder tiempo en comidas o en descanso. Y, lo que es peor, evitaba relucirse en la sociabilidad de dirigirme la palabra.

En la llamita estaba sólo la cara de la muerta, pero a veces ella levantaba la mano y la hacía aparecer en el fuego. Julito se ponía baboso entonces, porque sabía que ella se tapaba la boca para echarle un beso, aprovechando algún golpe de viento que le quitaba el aliento y la devolvía al lugar de donde no debería salir nunca, y menos para molestar a quienes están pensando acá abajo.

Después empezaron a hablarse, moviendo exageradamente las bocas, como dos personas separadas por un grueso vidrio que impidiera el paso de los sonidos. El discurso era de difícil desarrollo porque los fósforos seguitan apagándose cada dieciséis segundos y en cada cerilla tenían que retomar todo desde el principio. Resulta que ella parecía olvidarse de ser la misma, como si la muerte le hubiera atacado la memoria o como si en su

nueva morada no compartiese nuestro tiempo de sucesiones. Se reencarnaba en cada fuego: el peinado, el maquillaje, indicaban que la señora, originariamente tan sonsita, tan tímida, cambiaba de moda a cada instante, saltando de llama en llama de un siglo a otro, de un mundo al otro.

Yo aprovechaba de mi lumbreira para no dejarme llevar por la impaciencia y patear a mi amigo y a las montañas de carboncitos retorcidos que se apilaban junto a su silla. Las centellas que a él le encedían el brasero de la locura alumbraban para mí las visiones de la indigencia: una muerta que vuelve en estas condiciones, meditaba en mi rincón, demuestra a todas luces que las insatisfacciones también persisten en el otro reino.

Un día, como última oportunidad, lo convencí para que saliera a tomar un poco de aire. En el fondo creo que aceptó simplemente porque el almacenero no le había traído su ración diaria de fósforos y tenía miedo de que se le acabaran en medio de la noche.

Mientras caminábamos no dejaba de frotar y raspar sus cajas y de blasfemar contra el viento. Le nacían unas Doras físicas y signadas por la muerte prematura. A mí me parecía que iba arrastrando a un hijo disminuido, y no sabía si avergonzarme o agredir a la gente que se detenía a mirarnos.

Fuimos hasta el Correo Central porque yo tenía que mandar con suma urgencia una carta. Mientras estaba distraído pegando las estampillas estalló un griterío. En el gran hall hay siempre exposiciones de escuelas o de institutos penitenciarios, que presentan sus canastitas de mimbre o animalitos de plastilina. En esos días un famoso peluquero mostraba sus minuciosas réplicas de la Basílica de San Pedro y de nuestro famoso cucú serrano, construidas sólo con fósforos. Y ahora esas laboriosas artesanías se contagiaban rápidamente el fuego y ardían hasta el techo. Julio daba vueltas junto a esas piras, muy entusiasmado buscando a su Dorita.

Me pareció que ésta era la gota que rebasaba el vaso y que había llegado la hora de romper con esa amistad que sólo me traía disgustos. Pasé entre los empleados que corrían gritado y salí jurando que iba a desterrar para siempre de mi vida a Julio con to-

das sus Doritas juntas. Chau, si te he visto no me acuerdo.
En la confusión perdí la carta que tenía que enviar, lo que me
ocasionó unos buenos dolores de cabeza.

SU NOMBRE DORADO

Cuando di la conferencia sobre el *Orlando Furioso* volví a verla. Apareció a los diez minutos de haber empezado, cuando yo estaba contado que Isabella atraviesa una región invadida por infieles, en camino hacia Provenza, donde cuenta con enterrar a su amado muerto en batalla y encerrarse en un convento.

Me desorientó no verla entrar envuelta en túnicas y tules, como había previsto. El cabello batido y duro de laca, la falda muy corta, y los grandes aretes y la cartera de plástico no resultaban evidentemente inspirados por Ariosto. Entró en puntas de pie; los tacones altos, sin embargo, rasparon el piso, y aunque aquel día estuviese decidido a cualquier cosa para enfrentarla y hablarle, especulé absurdamente con que las marcas de sus zapatos podrían ayudarme a rastrearla cuando se escapara.

Perdí el hilo de la exposición porque pensé muchas cosas mientras la veía avanzar, sonrojándose y mirándome de reojo. Recordé que un amigo me había contado un sueño en el que acariciaba uno de esos peinados hinchados y al retirar la mano se la encontraba llena de arañas pollito.

Siete veces la había visto, y ésta era la quinta conferencia que daba exclusivamente como pretexto para atraerla a mi radio de presencia. Durante meses me había empeñado en encontrar

una explicación racional al interés obsesivo que me despertaba esta mujer, esperando que al conocer la causa cesaran sus crueles efectos, pero los sueños se regocijaban en continuar trayéndola a mis brazos. Mi corazón se sobresaltaba en la calle, a cada paso, creyendo o queriendo descubrir su silueta en medio de las multitudes.

El placer de mis días se había reducido al momento en que podía encerrarme solo a fumar y a imaginar su nombre. Ese nombre podía ser muchos, cualquiera; ella lo hacía único, el más dulce y espléndido. Yo trataba de encontrarlo en largas veladas, desesperado porque podía ser cualquier nombre, y a intervalos exaltado ya que era el suyo, el único y dorado, y bastaba buscarlo. Así, durante noches enteras.

Frecuenté, contra mi costumbre e impaciencia, cuanta conferencia o cuanto cenáculo o debate aparecía anunciado en las agendas culturales de los periódicos. En el fondo, su meticulosa ausencia me hacía feliz porque afirmaba la ilusión de que sólo se interesaba en mí.

Fue en la tercera conferencia cuando noté cómo su presentación se adecuaba a las heroínas que yo evocaba en cada ocasión. Cuando hablé de Lee Masters apareció apagada como una ardi-da solterona de Spoon river, y mientras recitaba el epitafio de Mrs. Kessler ("...Entre tanto yo mantenía a la familia lavando ropa, conociendo los secretos de todo el mundo/ a través de sus cortinas y colchas y camisas y calzones/ ...") la vi recogerse el cabello con un rápido gesto y pasarse el brazo por la frente, el brazo, no las manos, como si las tuviera mojadas. Cuando traté de entretener al auditorio con las desventuras de Ana Karenina la vi llegar con un gorrito de piel, inadecuado porque estábamos en primavera. Cuando recordé a Unica Zürn y a la niña de *Primavera sombría*, se despatarró en las últimas filas vacías, jugando con un chupetín coloreado. Después fue Emily Dickinson y Emily de Faulkner, y las temblorosas esposas abandonadas de Wakefield y de Fliteraft. Ahora estaba con su cartera y su vestido a rayas y cuadros blancos y negros.

Había perdido el hilo y creí oportuno recordar que ahí va

Isabella, que tiene apenas dieciséis o diecisiete años ("quindici anni passar dovea di poco"), por un lugar oscuro, solitario y hostil, cargando con el cadáver de su esposo. (Es verdad, constaté, que hoy parece mucho más joven, a pesar de esa ropa y ese peinado que intentan hacerla mayor). Pero la marcha de Isabella se ve interrumpida por la aparición de su salvaje sarraceno, Rodomonte, que amenaza con ultrajarla.

Isabella promete al guerrero que si la respeta le enseñará una hierba que, hervida de cierta manera, asegura durante treinta días la invulnerabilidad de quien la use. Rodomonte acepta, aunque es evidente que no está dispuesto a cumplir la parte del pacto que le compete. Tras preparar la medicina mágica, la muchacha dice:

—Lo probaré sobre mi propio cuerpo para que me creas. Me untaré con esta grasa y comprobarás con tu espada el milagro de mi medicina.

El salvaje, borracho, descarga su espada sobre la cabeza de Isabella, y entonces ella muere murmurando el nombre de su esposo.

Por un momento dejé de verla y temí que ya se hubiese escapado. Me incorporé para verificarlo y la vi surgir detrás de la mole del espectador que tenía sentado delante. Para mirarme inclinaba su cabecita, ornada por el gran peinado.

Rodomonte, en expiación, ordena que seis mil hombres construyan un mausoleo y una torre y un estrecho puente sobre un precipicio. El vivirá en la torre y se medirá con todos los guerreros que quieran atravesar el puente. Los cuerpos de los vencidos serán colgados como trofeos en el mausoleo de Isabella. Y así, dije, al final comprendemos que, en su salvajismo, Rodomonte albergaba un verdadero amor por Isabella.

Estaba ansioso por terminar y resumí las ideas que tenía anotadas, sin mencionar siquiera a Croce ni a Momigliano, listo para saltar si la atisbaba moverse de su asiento. Terminé, dije muchas gracias.

No habían cesado los aplausos cuando la vi levantarse y caminar rápidamente hacia la salida. Tiré atrás la silla y bajé de un

salto la tarima. No menos ágil, la rebotante directora de la Biblioteca Cristóforo Colombo, donde tenía lugar el acto, se echó sobre mí con los brazos abiertos.

—¡Molto bene, molto bene, lei sí che sa pronunciare la Bella Lingua!

—Ma qué lingua ni lingua... —gruñí, sorteándola, y salí a la calle.

La vi doblar en la esquina. Me apresuré, y cuando al girar la encontré a pocos pasos de mí no tuve fuerzas para llamarla y hablarle. Empecé a seguirla.

Caminó hasta el final de la avenida Blas Parera y entró en el mercado de flores. Compró una rama de claveles y continuó hacia el cementerio.

Cruzó taconeando los túneles y las galerías, y finalmente bajó a un panteón medio en ruinas. Sentí la victoria de tenerla acorralada.

Me hundi en la rancia penumbra y la sorprendí mientras repartía las flores junto a un ataúd rodeado de vidrios. Cuando me vio se echó atrás como un conejito asustado, buscando con la mirada otra salida que no fuese la escalerita que yo estaba ocupando.

Fingió no reconocermé, pero mi apasionada declaración de amor desarmó en un instante su prudencia.

—Usted sabe que no miento ni exagero —terminé—. Y yo sé que no le soy indiferente. Somos adultos. Aprovechemos de esta ocasión y de este sentimiento que nos regalan los dioses.

Ella tomó fuerzas, cerró los ojos y tartamudeó:

—Acabo de enviudar... Compréndame... Déjeme un tiempo para pensarlo...

—¿Cuál es tu nombre? —pregunté enérgicamente.

—Rosa Gleita —contestó, atemorizada.

Rosa, era claro. Por supuesto: Rosa.

—Rosa, no podemos esperar. No te dejó huir, esta vez. Estoy decidido a que esta tarde sellemos nuestro encuentro con algo más que promesas.

Reprimió una sonrisa pícaro:

—Espero que no esté decidido a corporizar ese sello en este lugar tan incómodo e insalubre, ante la presencia del cuerpo de mi esposo aún caliente. Sería una blasfemia... Déjeme despedirme de él... Vaya, espéreme afuera.

Salí. Las cúpulas con sus ángeles tocando la trompeta, las fotitos en las lápidas, las flores secas, me parecieron felices señales. La humanidad no había vivido y muerto en vano; el ciclo de las generaciones y el dolor de los siglos habían sido necesarios, puntualmente, para construir este mundo en el que Rosa y yo nos habíamos encontrado.

Miré el reloj, ansioso. Esperé. Pasó media hora. A la hora pensé que ya no podía acusárseme de desconsiderado o de celoso y bajé a buscarla.

El mausoleo subterráneo estaba vacío. Más que asombrado, irritado, me dejé caer sobre un escalón, y mientras estaba ahí sentado la descubrí. La vi en el nombre dorado sobre los vidrios que había adornado con flores: Rosa Gleita (1948-1965).

Ahora doy conferencias todas las semanas. Ella aparece y permanece cautelosamente de pie junto a la entrada. Me basta con verla. Pero a fuerza de hablar de la Ligeia de Poe, o de Macedonio Fernández, que proclama que Amor vence a Muerte, quizás logre didir esta situación tan penosa, y ella, o yo, acertemos con el salto preciso hacia el encuentro definitivo.

LA VIDA EN LATA

Sólo un idiota no habría comprendido que el chirrido del portón, el jardinero con gorra y uniforme dorados a quien entregué mi tarjeta, y la villa en medio del jardín eran chirrido de portón de cementerio, sepulturero y mausoleo entre cipreses.

La sirvienta negra (una parca; fácil decirlo ahora) que me esperaba en el ingreso, y a quien evidentemente los achaques le impedían guiarme, debe haberme dicho:

—La señora está en la galería del fondo, tercer nicho a la izquierda.

Yo escuché:

—Mi señora lo espera en el tercer salón, a la izquierda, en el fondo del corredor.

La puerta se abrió a un salón inmenso, o por lo menos a un lugar iluminado de tal forma que ninguna luz tocara las paredes, dando la impresión de una profundidad sin fin. Temblorosas velitas (votivas, claro, ahora es fácil decirlo) iluminaban confusamente rostros fijos, rostros que costaba ir entendiendo que eran cuadros, o fotos, o bustos, sostenidos sobre innumerables atriles y altarcitos. Reconocí, en un portarretratos cercano, la imagen de Lydia Gatha con el despeinado que usaba en *Lucero del Desierto*. El descubrimiento despertó mi interés por las otras

figuras, que debían provenir de las películas producidas por la Venusfilm. Me estaba inclinando sobre la primera de las mesitas cuando de un sitio impreciso saltó la voz:

—Entre de una vez y cuando me ubique acérquese y diga lo que tiene que decir.

Me costó encontrar entre tantas imágenes muertas a la viva. Para despistar, quizás, se mantenía hierática. La llamita que la iluminaba le borraba las arrugas y las ojeras con las que uno esperaba encontrarse, y le dibujaba apenas, como si apareciera retratada en *flou* a través de lentes vaselinados, rasgos difusos en la piel translúcida, de mármol rosado o de pescado. Apenas la vi supe que el as que inconscientemente me había escondido en la manga resultaría inútil: ella no era Gloria Swanson (ni yo ostentaba en verdad la apostura de William Holden) y la seducción amorosa no entraría en juego.

Sin mirarme, pero con plena conciencia de que me estaba acercando, moduló la voz más baja:

—Tendrá mucho que decirme, espero. Hace cinco años que usted viene jodiendo.

Me rei:

—Después de cinco años confieso haber olvidado lo que quería decirle. Cuando me avisaron que me recibiría pensé que era usted la que tendría algo que declarar.

Giró la cabeza lentamente, como si Aguirre, su marido, o cualquier otro director le hubiese ordenado: "Date vuelta como una reina indiferente, sin abandonar la inmovilidad". Llegó con los ojos a mis pies y los subió hasta mi cara. Puede ser que estuviera acostumbrada a esa penumbra y que le bastase para estudiarme, pero más probable es que se tratara de un manifiesto gesto de arrogancia.

—¿Qué es lo que tendría que declarar? ¿A quién? ¡Haga el favor! —Y volviendo a su perfil:— Ya que está, siéntese por ahí.

—Lógicamente —me largué,— mi primera idea era hacerle un reportaje...

—Nada de reportajes —cortó.

—Y después, tengo una esperanza que comparto con mu-

chos cinéfilos: la de que usted es bondadosa y me presta alguna copia de las películas de misterio de la Venus para proyectarla en el cine-club que dirijo.

—¿Qué sabe de esas películas? Usted es muy joven, no puede haberlas visto. Gracias a Dios no creo que haya nadie que las recuerde.

—No. Yo la vi a usted sólo en *Lucero del Desierto*. La copia que tiene la cinemateca uruguaya.

—Esa película fue un desastre. No la dirigió Aguirre, no tenía nada que ver con lo que él buscaba. Por lo menos no es peligrosa, pero no entiendo para qué guardaron una porquería así.

—López Pírez la culpa a usted del fracaso, a usted y a su marido.

—¿Vive ese inútil?

—No, murió hace tres años.

—¿Así que nos echaba la culpa a nosotros?

—Sí. En un artículo de hará unos seis años, Pírez cuenta que para permitir que usted trabajara en *Lucero del Desierto*, Aguirre puso como condición que se filmara en los estudios de la Venus. Dice que el alquiler era altísimo y que no funcionaba nada.

—El no sabía hacer funcionar nada, nada de nada.

—Contó que el estudio estaba siempre lleno de curanderas y brujos que se cruzaban por la escena en medio de las tomas... ¿Es verdad que usted tenía una cabaña alpina en el fondo del estudio, y que en medio de las filmaciones iba, se encerraba y no salía por tres o cuatro días?

Instintivamente me encontré aplicando una estrategia de provocación que, por lo menos en un sentido, resultó efectiva: a los cinco minutos Lydia Gadhá parecía haberse olvidado que se encontraba ante un desconocido, hablando como si no hubieran mediado cincuenta años de completo silencio y olvido entre su fugaz esplendor y esta charla. La ametrallé con las dos docenas de anécdotas incómodas rescatadas con avidez de la boca de viejas actrices resentidas o de miserables cineastas recluidos en la arteriosclerosis. Se las enumeré como si fueran de conocimiento e interés público, como si las revistas y los diarios no hi-

ciesen más que seguir hablando de ella y de Paulina Singerman y de Amanda Varela.

A la última carta (desechado el as de la seducción) la tiré sin convicción, entendiendo que la intimidad que había logrado no significaba en verdad ningún adelanto en la conquista de aquello que me había traído a visitarla. De manera que me asustó verla reaccionar con un temblor, volviéndose hacia mí con un relámpago en los ojos. Tuve la siniestra impresión de que el mismo gesto y el mismo brillo saltaban de los cincuenta iconos que nos rodeaban.

Yo había dicho:

—Aseguran que Aguirre era cruel con usted. Que preparaba las escenas de terror con ritos horribles, como si no le bastasen los maquillajes y los trucos macabros con que al parecer hacía que repetidamente su cara se transformara en calavera...

—¿Qué saben? ¿Usted se cree que mi marido hacía películas por amor al arte y para asustar a la gente? Por favor, nada que ver... No soportaba verme envejecer, eso es todo. Él hacía las películas para mí, para salvarme a mí. Si me hacía sufrir era... con los mejores propósitos... Yo estoy en paz con él, le perdoné todas las que me hizo pasar... ¿Quién puede tener esta piel a los 97 años, eh? Dígalo, usted que lo sabe todo...

—Pero él murió en forma misteriosa... —arriesgué.

—Por mi bien. Se sacrificó, se inmoló. Marianna no pudo hacer nada por él. Usted la debe haber visto, Marianna, la negra. Ella me ayudó desde el principio a soportar las filmaciones, pero cuando él se metió demasiado adentro, ella tuvo que elegir entre seguirlo a él o cuidarme a mí.

—Las películas de terror de la Venusfilm tenían buena resonancia en Colombia y en Ecuador. Me dijeron que también acá tenían su público...

—Aguirre no lo hacía por eso. A último momento inventaba una historia, filmaba en tres días algunas escenas de enlace y pegaba los pedazos. Armaba esas películas para salvar la plata y poder seguir con los experimentos. Después vino ese grupo de Santo Domingo o no sé de dónde, y lo empezaron a aconsejar

mal. Marianna le avisó cien veces. La pobre no podía abandonarme, se pasaba todo el día atajando para que las filmaciones no me chuparan. Aguirre insistió en seguir ensayando y grabando unos pases... a último momento se dio cuenta y pudo destruir todos los negativos y recuperar las copias que andaban por ahí y en las que estaban incluidas escenas de los experimentos. Las destruyó hasta que se fue consumiendo él también. Siguió peleando hasta el último instante. Yo no puedo olvidar que hizo todo por mí.

—Destruyó todo... —tanteé.

—Lo que pudo. Si seguía quemando me quemaba a mí. La pobre Marianna tiene que seguir trabajando para que yo me conserve... —Miró a los costados y agregó, en voz baja:— Lo hará por ella también, por algo sigue viviendo. Aprovechará que en algunas películas aparece como extra. Pero no la culpo, al contrario, por suerte está ella que se preocupa. Yo ni sé si ella ve las películas, no creo, pero dice que los fotogramas cambian. De todos modos, la más beneficiada soy yo. Ella se mantiene a duras penas; tenemos la misma edad, y usted la vio, casi ni se mueve la pobre...

Yo no entendía nada, apenas si la escuchaba. Cuando se calló, empecé a largar argumentos al azar:

—Pero su decisión es egoísta. Usted no toma en consideración las fuerzas del arte. Sus películas podrían proyectarse ahora y dentro de cien años, y para los espectadores de hoy y para los que vivirán dentro de un siglo usted será siempre la joven actriz de la que se encapricha en privarnos...

Sonrió por primera, única vez. Una sonrisa que era una mueca de desprecio y que me anunció que mi encuentro con ella se había resuelto en un fracaso:

—Usted es la persona menos indicada para decir que lo estoy privando de la joven actriz. Debiera agradecer que Marianna y yo y la falta de proyección de esas películas lo estemos privando de la vieja, si es que hasta de la vieja queda algo. Ni huesos debo tener ya... Pero veo que la situación es demasiado complicada para que usted la entienda. Si no se ofende, creo

que podemos dar por concluida su visita. Le agradezco que se haya tomado tantas molestias, y le voy a agradecer más todavía si no dice nada de este encuentro, si me deja vivir tranquila los pocos o muchos años que me quedan.

Insistí, desesperado por lograr aunque sea cinco minutos más de conversación. Le ofrecí dinero por la copia de uno de los films, por unos fotogramas, por tomar ahora una foto de ella. Llegué a lloriquear con la voz chillona que me nace en los peores momentos. Ella se puso de pie.

Se puso de pie con una inesperada vitalidad. Seguramente eran movimientos estudiados con precisión, ayudados por la extravagante iluminación. Sus vestidos eran oscuros y se confundían con las tinieblas, de manera que la cara y las manos blancas (pero siempre veladas, más que por la penumbra por el aura de una extraña niebla) se agitaron flotando por el aire, alejándose con un vuelo rápido y, así lo sentí, burlón.

Me encontré solo, con la cara retorcida aún por los ruegos, y la humillación me indignó. Pensé que podía vengarme y rescatar de alguna manera esa visita que me había costado cinco años de esfuerzos sin pausa. Podría escribir un artículo sensacionalista, con buenos toques de humor morboso. Podía tomar el papel de Billy Wilder, después de todo, y describir toda esa grotesca decadencia.

Me levanté enérgicamente, tropezándome con los taburetes y los altarcitos, y recorrí la galería desierta hasta la puerta que se abría al jardín. Recién entonces se me ocurrió que alguna de las fotos del salón podría resultarme útil para ilustrar la nota que estaba decidido a escribir. Me volví.

No suelo atreverme con la realidad. El corazón me latía en la garganta mientras entraba en el salón bajo mi nueva condición de ladrón. Me abalancé torpemente sobre el primer portarretratos, pero a punto de esconderlo bajo mi saco llegué a ver que no se trataba de una foto de Lydia sino de alguien muy viejo y descarnado, el rostro de una momia quizás. Estaba por echarme sobre el próximo altarcito cuando un rumor o destello me hizo levantar la vista. En el fondo del salón había ahora una puerta

abierta.

Brillando como lentejuelas descubrí en el nuevo cuarto una serie de latas de películas ordenadas en una gran estantería. Atravesé el salón y crucé la puerta de las maravillas.

El cuarto estaba iluminado también con velas, innumerables, que llenaban el piso y colgaban de todos lados, chorreando como estalactitas desde los estantes, clavadas en portacirios, en platos con comida, en cerámicas colorinchas que representaban corazones y cráneos, entre flores artificiales.

Había llegado al centro de la pirámide. Me perdí en la certeza de que esos rollos escondían el mejor cine del mundo. Me perdí en la vertiginosa especulación sobre la mejor manera de apropiarme de esos tesoros. Cegado, tardé en descubrir a Marianna, la negra, con los ojos fijos en mí.

Estaba acucillada, los brazos a medio alzar, los enormes labios agitándose en inaudible, veloz oración. Quise retroceder, en puntas de pie, pero no pude controlar mi brazo que se tendió hacia los estantes y sacó una lata. Los ojos en blanco de la negra no me veían. La etiqueta de la lata decía: "Despojos Veneñosos. Acto VII".

Me empecé a alejar de espaldas, y la euforia por la conquista del trofeo me delató. Mis pies tumbaron un candelabro. La negra tuvo un espasmo, cerró los ojos y cuando los volvió a abrir me vio.

Pegó un grito. Se echó hacia adelante y avanzó ágilmente, en cuatro patas, sin cuidarse de las velas que aplastaba y que caían sobre su ropa. Yo no atiné a moverme hasta que la tuve a mis pies. Levantó los brazos y empezó a dar zarpazos hacia la lata que yo apretaba contra mi pecho.

Se colgó de mi cintura y así caminé unos metros, arrastrándola. Gritaba, desesperada, en una lengua extraña. Con la mano libre, con las rodillas, a las patadas, me desaferré de ella. Me costó, porque la animaba un vigor bestial, inusitado para una persona de su edad. Finalmente rodó, gorda, con sus vestidos blancos superpuestos, con las puntillas y los volados de sus pollerones que ardían entre las velas.

Corrí, con la lata debajo del brazo, y salí al jardín desierto. Abrí yo mismo el portón entornado y me perdí en las calles. Los autos y la muchedumbre indiferente me contagiaron una inmediata seguridad. Regresaba a mi tiempo, apenas con un sentimiento de infame victoria, como si tuviese que comerme el pan comprado con los dientes de oro arrancados de la boca de un muerto.

En el cruce de avenidas tomé un taxi y vine al cine. Era temprano y el empleado no había llegado. En la salita de proyección rebobiné el rollo robado en un carrete. El celuloide estaba reseco, cuarteado, con las perforaciones rotas, y se cortó varias veces mientras lo hacía correr. No existía banda sonora; era improbable que fuese una película muda; quizás era una copia de trabajo a la que no se le había adjuntado la columna del sonido óptico. El soporte del material era inflamable, como el que se usaba antes de la década del '50.

Cargué el proyector y me acomodé a mirar por la ventanilla. En la pantalla resplandecieron los números y las marcas de la cola inicial. Allá abajo, la sala y las butacas vacías me hicieron estremecer con un placer siniestro, como el que debe sentir un ser poderoso que espía desde lo alto un suceso que ha provocado pero cuyas consecuencias ya no puede dirigir.

La copia estaba demasiado vieja, sin corrección de luces. Un hombre se agachaba sobre Lydia Gadhá —la reconocí en el rápido perfil, en la piel blanca de pescado— y la besaba, ocultándola. Después el hombre se erguía, asustado. Un largo primer plano lo mostraba haciendo muecas de horror. Ahora se veía un plano entero de la mujer inmóvil, echada en la cama, con un camisón largo y entreabierto. En diez segundos, en una secuencia grosera que debía haber sido filmada cuadro por cuadro, sustituyendo a la actriz primero con maniqués y después con esqueletos y carne descompuesta, la mujer se encogía, se licuaba. Sobre la cama quedaba finalmente una masa casi líquida de inmundicia, abominable putrefacción; el camisón manchado y empapado, pegado a la silueta de las costillas.

Ahora el hombre corría por una pésima escenografía que pre-

tendía representar un palacio. A su paso, seres y objetos (muñecas —una de ellas, negra—, hombres con armaduras, perros, manjares en grandes fuentes, plantas) que se habían mantenido estáticos como estatuas, cobraban vida y se deshacían con el mismo truco con que Lydia Gadhá se había desintegrado en la cama. Así durante todo el rollo. Sólo al terminar intuí que debía tratarse de una versión exacerbada y revertida de *La bella durmiente del bosque*.

Rebobiné la película y la volví a cargar en el proyector, ansioso por estudiar al actor que escapaba. Había algo que me inquietaba en ese rostro inaferrable por las constantes muecas y las sombras, algo familiar. Se parecía demasiado a alguien que no me animo a decir quién era. En la agitación, escuché sin oír golpes que venían desde abajo, desde las puertas del cine.

Recién había recommenzado la proyección cuando los golpes se hicieron perentorios. La película resbaló por un tramo de perforaciones rotas y se enganchó. El fotograma aprisionado en la mirilla ardió y en la pantalla se abrió una rosa negra y marrón. Un estrépito de vidrios rotos me hizo saltar y correr hacia el ingreso.

A través del vidrio astillado de una de las puertas vi, en el contraluz de la calle, a un grupo reunido en la vereda. Salí y me abrí paso entre un círculo de personas agitadas que se agachaban y se alejaban tapándose la cara. Un olor nauseabundo me detuvo, pero alcancé a reconocer, en medio de una masa fétida y chirle, la gorra dorada, inconfundible, del jardinero de Lydia Gadhá.

Reprimiendo el asco me agaché y alcancé a recuperar, sin que lo advirtieran los curiosos, la tarjeta que yo había entregado al llegar a la villa. Si los policías hubiesen encontrado ese papel no habrían interpretado como casual los llamados desesperados del hombre a la puerta del cine, sus cabezazos contra el vidrio, hasta romperlo, y no habrían dejado de acosarme para tratar de explicar lo que en los periódicos se presentó como "un misterio para la ciencia" ("...un hombre, víctima de un ataque cardíaco, falleció en una calle céntrica de nuestra ciudad, descomponiéndose").

dose su cadáver de inmediato ante el asombro de numerosos testigos...").

Fue entonces cuando alguien señaló el humo que salía de la ventanita del segundo piso del cine. Corrí arriba. La película, como la villa del bulevar Libertador, como Lydia Gadhá y la negra Marianna, era una masa negra de coágulos achicharrados.

ANDANTE CON BRÍO

Ahora puedo recordarlo y "schersarci su" como dicen los italianos, pero entonces sí que no. En aquel entonces yo era una chiquita cuya antítesis total podemos admirar en algunas viejas comedias norteamericanas; Shirley Temple y esos fenómenos.

Lo único que yo poseía, física, mental y espiritualmente, era un flequillo que, con variaciones que no afectaban ni cambiaban nada, acompañó toda mi infancia. La gente (yo misma) veía ese flequillo y a partir de ahí, para justificar de alguna manera su existencia, le inventaba una cara, una voz, zapatitos, piernitas. Eso sí tenían algún interés, curiosidad o benevolencia, cosa que no sucedía con frecuencia.

Bueno, no, había otra cosa que yo poseía, impuesta por las circunstancias. Mi vagabundeo. Porque mis padres viajaban mucho por cuestiones, digamos, de trabajo, y yo pasé mi niñez en tantas provincias distintas, en tantas escuelas distintas.

Esas escuelas eran tan distintas entre sí que nunca logré aprender ciertas bases de las matemáticas, porque lo que se enseñaba como regla de adición aquí resultaba ser regla de sustracción allá.

En esas escuelas de provincia yo ocupaba un lugar especial, el de la "extranjera", el de la "viajera", el de la "pajuerana". Con

esos roles yo infundía respeto, mofa, distancia.

Y lo que quiero contar parte del hecho de que en algunos lugares, adonde las tonadas o el dialecto son especialmente pronunciados, yo era llamada en ejemplo por las maestras para demostrar cómo es linda, cómo suena maravillosa la lengua nacional pura, incontaminada. Mi manera de hablar era en realidad una mezcla de todas las cantilenas que había conocido en mi constante vagar por nuestro infinito país, una mezcla que todavía hoy no controlo y en la cual preponderaba la manera de hablar de la Capital, la más desagradable por arrogante y vulgar.

Así que yo estaba —mi flequillo estaba— en una escuela de monjas, y me llamaron para que luciera la bella, elegante, estilizada pronunciación de nuestra verdadera lengua nacional.

Sucedió durante un "acto patrio", con todas las clases reunidas en el salón de actos. Ese salón de actos era extraño porque no existía y no sé de dónde lo sacaban; una cosa similar al asunto de mi flequillo. Yo creo que uno se lo construía a partir del piano que arrastraban hasta el centro del patio, de unos ramos de flores y del busto del General Galso.

Yo no tenía la más remota idea de que sería llamada a la tarima para sumarme al discurso de la directora, a las dos poesías tipo crema-chantilly, y a la obra de teatro cuyos diálogos no se llegaban a oír pero que seguramente contaban de cuando Ford se agachó a recoger la monedita en la calle, o de cuando el General Galso premió con unas orejas de burro al soldado que quería cruzar nadando el océano.

Cuando la directora me llamó desde allá arriba, y todos en mi clase se dieron vuelta y los alumnos más lejanos se treparon en los bancos para ubicarme, yo creí que iban a anunciarme alguna desgracia vergonzosa referida a mis padres. Me hicieron parar, me empujaron hacia el pasillo, me guiaron hasta el pie de la tarima, me dejaron sola en la escalerita temblequeante.

Sin entender nada me encontré con la cara de mi maestra de un lado y la cara de la directora del otro, agachadas, que escupían susurros perentorios: ¡Hablá! ¡Decí cualquier cosa!"; "Decí dónde naciste, cuántos años tenés y los viajes que hiciste..."

Y el flequillo nada.

Hasta que a una de las dos, quién sabe por qué, milagrosamente, se le ocurrió ordenarme: "¡Cantá!".

La tierra no se abriría para tragarse el flequillo y más vergüenza de la que estaba pasando era imposible. ¡Jesús! Abrí la boca, la moví sin que saliera ningún sonido. En el salón se hizo un silencio sepulcral para escucharme a mí que era la única muerta.

Canté esa canción de cuna que empieza diciendo: "Duerme, duerme conejito blanco...", y que termina enloqueciéndose, enumerado todos los animales que se duermen en la selva.

Terminé y aplaudieron. "¡Brava! ¡Brava!", gritaban allá lejos mis compañeritos de clase. "¡Qué hermosa voz!", me decía la directora dándome un beso. "¡Otra, otra!", gritaban los colegiales.

"Bueno, señorita Violeta Lagarza, el público le está reclamando otra canción", chilló mi maestra.

Violeta Lagarza, por si alguien no lo supiera, era la cantante más famosa de nuestra tierra. Si hubiese querido podría haber cantado óperas, pero ella prefirió dedicarse a nuestro pueblo. Muchos la despreciaban porque era una negrita teñida y porque le había quedado una gran panza por la desnutrición. Pero, claro, mi flequillo advirtió sólo elogio en el pedido de la maestra. (Ahora descubro resonancias turbadoras y una cruel ironía, porque si bien mis padres viajaban por razones de trabajo, no eran precisamente embajadores ni conferencistas, ni siquiera viajantes de comercio, ni artistas de circo, ni vendedores ambulantes, y, aunque de tanto en tanto se permitieran alojarme en escuelas costosas, mis vestidos exóticos no podían ocultar por largo tiempo nuestra miseria).

El éxito logrado con mi canción, el primer y único éxito de mi ya larga vida, me infundió fuerzas, una tibia respiración diría, una energía tal que de golpe creí que mi sueño empezaba a cumplirse. Mi sueño. Tendré que perder unos minutos hablando de él.

Mi sueño divino. Mi triste esperanza. Mi ilusión, a esta altura corrompida, pero siempre dulce, deliciosa fruta.

Yo esperaba que en algún momento se acercaran a mi lecho, a mi silla, y me dijeran: "Rosie, Rosita querida, se terminó, muñeca. Levantate, hermosa, la más hermosa, la más querida, reina, ven, se terminó la pesadilla. Déjanos besarte, déjame abrazarte, chiquita, pimpollo. ¿Cómo premiaremos tu desventura, tu aciago pasado, tu mansa confianza, tu gran humildad...?"

Yo, ¿la más hermosa, la más feliz? Sí señor, yo la más simpática, la más locuaz, la más traviesa. Sí, yo, "la vieja de los batones", como me llaman en el almacén, yo la más elegante, la mejor artista.

Me guían por el corredor de la escuela, de la pensión o por la calle, donde todo resplandece. "Tontita", me dicen, y me llevan detrás de un edificio. Con una carcajada seductora descubro que todo era telón de teatro, que yo era la única en creer en la gravedad de las cosas. Canta, canta corazón: así será, un día u otro. Las ciudades, las guerras, el oro, la indiferencia, todo se revelará pacotilla sin sentido, falsa historia...

Bueno, el público continuaba con su interminable, caluroso aplauso. "¡Otra, otra!", gritaban en coro. Sonreí. Yo, la más seductora.

Sonriendo alcé mi flequillo para mirar a la directora aquí y a la maestra allá. Las dos pobres mujeres comprendieron mi consentimiento, mi dádiva espléndida, mi entrega sin par. Con gestos tranquilizadores se dirigieron al público, queriendo detenerle la ovación.

Cuando reinó total el silencio, mi sonrisa se abrió y volví a cantar.

Canté "Te traigo flores, mi amor...", con una desconocida potencia en la voz. Pero en la mitad de la canción sucedió un percance, que ahora me enloquecería, y que entonces solucioné con espontáneo donaire. Llegué al verso que dice: "...y en tu fragante pecho enlacé mi hiedra", y me di cuenta de que no me acordaba del resto, absolutamente. Hice un segundo de pausa y atacué con otra canción; pocos habrán notado el cambio inesperado de repertorio.

Canté "Bebamos que la vida es corta; vino vení, vino vení...".

Mi cuerpo se meneaba sin necesidad de que yo lo dirigiera, y mi brazo se alzaba con la imaginaria copa. Muchas veces me había despertado la algarabía de esta canción el año anterior y, asomándome de entre los sobretodos y los trapos que formaban mi cama sobre el piso, había visto a mis padres y a sus amigos gesticular a la luz de la lámpara a querosén que creaba inmensas sombras sobre los altos muros de aquel depósito que habitábamos.

Y mientras entendía las palabras que cantaba recién después de pronunciarlas, cuando se materializaban en el silencio del gran salón, descubría también que era una canción sumamente alegre, para nada estremecedora, terrible, como siempre la había juzgado en las noches del depósito, con sus sombras amenazadoras.

Estimulada por la armoniosa travesura con que antes había cambiado de repertorio, de golpe pasé a cantar "Margarita, métete en mi cama", que era el santo y seña con que se anunciaba el hombre —me habían ordenado llamarlo Señor Doctor— amigo de la mujer que me tuvo en su cuarto cuando la vida arrastró a mis padres a Puerto Fadryn. Mis brazos y mi cuerpo se movían de otra manera ahora, y uno de mis ojos guiñaba pícaro bajo el flequillo. Imité al Señor Doctor en suplir con un silbido ciertas palabras, con los ojos en blanco, como queriendo disimular. Juana y su amigo caían después en la cama. Imité sus risitas chillonas.

Fueron un conjunto de fugaces impresiones las que me revelaron el contenido vil de la canción y de mis gestos. Sor Angelita estaba roja como un tomate; Sor Jacinta, enojadísima, me miraba y miraba a los escolares estudiándoles la reacción; mi maestra se había adelantado y tenía los ojos refulgentes como espadas, escrutando a la directora, esperando una orden; el grupo lejano de alumnos mayores, de sexto grado, era un avispero de movimientos reprimidos, de manos llevadas a la boca y a los estómagos.

Entendí de golpe las palabras que infructuosamente había buscado en el diccionario, entendí los incomprensibles discurs-

sos y las calientes caricias con las que el sereno de la pensión de Santa Clara me obsesionaba, apenas se alejaban mis padres...

Pero la locura arrebatadora de la música no quería abandonarme. Era como si dentro de mí la vida se hubiera manifestado de repente, arrancándose los velos de la infancia, para siempre. Y a la vez era como si la música, Morfeo, Orfeo, las Sirenas, Pan, La Flauta de Hamelín, me hubieran hecho entrar en un olimpo de armonías y resonancias, y yo no pudiera hacer nada para liberarme de ese encanto.

Me encontré cantando la marcha que, a media voz, y después de cerrar atentamente la puerta, cantaba el campesino de Rocamora. Este José me despertaba en medio de la noche, me llevaba al establo y, en voz baja, pero acentuando la pomposidad del grito fervoroso, me enseñaba la canción. Cuando llegaba el momento de repetir "...¡Anarquía! ¡Anarquía!...", me incitaba con las manos, alzándolas como si arrojase pelotas hacia arriba. Yo repetí el gesto y mi público adorado parecía entenderlo. También ellos, con la voz poderosa y estridente de la infancia, repitieron: "...¡Anarquía! ¡Anarquía! ¡Anarquía vencerá!...".

La directora empezó a aplaudir, lenta, perentoriamente. Las maestras, las hermanitas, entendieron con retardo que era la manera más apacible de terminar con este escándalo. Las palmas se fueron sumando, y poco a poco fueron cubriendo mi voz y la de los últimos exaltados que coreaban todavía el estribillo. Cubrieron mi voz, que despertó del encantamiento y fue cayendo como un pájaro herido, como un pobre ángel blanco.

Quise, recordando los aplausos y vitoreos finales, quise siempre mentirme sobre el éxito de mi espectáculo. Sea como fuere, una cosa no me abandonó desde entonces, y esa cosa es la música. No ya las canciones que había entonado en el acto, y que ya no volví a repetir ni para mis adentros, no, otra música, música de orquesta, música que sólo yo oigo. Un mar musical me acompaña desde entonces.

Fueron semanas difíciles las que siguieron a esta experiencia. Nunca volvieran a pedirme que cantara. Mi maestra se compor-

tó desde entonces como si yo no existiese; no me hizo pasar nunca más al frente ni me interrogó ya en los exámenes, ni siquiera cuando yo era la única que levantaba la mano para contestar una pregunta.

En los recreos los alumnos mayores venían en grupos hacia mí, me rodeaban, y riendo me decían: "¿Y entonces? ¿Cómo era esa canción: 'Dame un beso de frutilla, saca al aire los limones...', he?, ¿cómo seguía?...". Hasta que un día vino la Vice, me echó de un empujón y se puso a retarlos.

Después pasó el tiempo. Papá y mamá murieron, uno acá y la otra allá, y sólo cuando faltaron entendí qué rara especie de felicidad habían inculcado en mi alma. Yo dejé de vagar, pero ninguna realidad me entretuvo.

Por falta de suerte o porque soy como soy, tímida y temerosa, nunca experimenté un éxito similar al de aquel recital. Total, un día u otro, la música que me acompaña crecerá majestuosa y vendrán a decirme que la pesadilla se ha terminado. Y tendréis que dejar de fingir con esas caras la tristeza, y abandonar esa solemnidad de pavos desplumados.

NIÑAS LAVANDO EN FUENTÓN

—¿**T**e creés que soy tu sirvienta? —dijo la de remera verde, salpicando de agua a la otra.

—Y eso no se lava con cepillo, si querés saber

—le gritó la más chica, dando un paso hacia atrás.

—Yo hago lo que quiero, mocosa de mierda, mirá que vas a venir a dar órdenes, vos. Lavá bien ese trapo.

—¿Por qué tengo que lavar siempre yo los trapos sucios que son los más difíciles?

—Si no te gusta, ándate. Me harías un favor. ¡Parásito! Debés ser la persona más inútil de este mundo. ¡Si no te vas vos me voy yo!

La más chica lo pensó. Estrujó su trapo y lo dejó sobre el respaldo de la silla en donde se apoyaba el fuentón de plástico. Se fue, se metió en la pieza.

La de remera verde siguió lavando, indiferente. Agarró el trapo que había dejado la más chica y lo enjabonó meticulosamente. Se demoró hasta que vio volver a la otra.

—Así se hace. ¿Ves que sale todo? —le enseñó, pero conciliadora.

La pequeña buscó en la bolsa otro trapo.

—Nosotras trabajamos, ¿no es cierto? No somos una carga inútil, ¿no es cierto? A lo mejor si dejamos todo como nuevo pa-

pá no se va a ir. Prestame el cepillo un poco a mí, ahora.

HERMANOS

En medio de la noche me despertó la certeza de que estaba ante la última oportunidad que se me ofrecía para escapar. En puntas de pie crucé el dormitorio de mis padres. Cuando estaba en el medio de la travesía, rozando el tocador, con la cabeza ladeada estudiando las dos caras que flotaban entre las puntillas blancas de las mortajas, tropecé con una arruga de la alfombra y mis manos, buscando apoyo, volcaron un frasco de vidrio sobre el aparador. El pabito retorcido y negro de uno de los cirios que rodeaban al ataúd matrimonial se quebró y la nueva llama creció iluminando como un sol.

Con el corazón golpeándome las sienes llegué al corredor y entré en el cuarto de mi hermana.

—Dora... Dorita —murmuré.

En la oscuridad sentí su manita que me buscaba.

—Me tengo que ir, me escapo —dije.

Me apretó fuerte:

—¿Me voy a quedar sola, entonces?

Era inútil contestarle. Son cosas que cada uno debe entender por su cuenta. Quizás algún día nuestros caminos volvieran a encontrarse. Levé su mano bajo las colchas y me desprendí de ella.

Después fingí salir a la calle golpeando la puerta de entrada.

Me escondí detrás del baúl, en el entretecho del garage, y pasando de ahí a los roperos, a la despensa o bajo las camas, empezó esta fuga que ya dura veinte años.

MÁS AL SUR

En medio del desierto y en medio de la noche, la maestra se alza de su jergón y se agita tratando de encender la lámpara de querosén. El viento que se filtra entre las tablas y las piedras de la cabaña dificulta la operación. Después atraviesa una galería, hasta el salón que funciona como aula, y regresa a su cuarto con un cuaderno. El resto de la noche permanece delante del enigma que los sueños le han indicado.

El cuaderno es de un indiecito a quien todos consideran disminuido mental. En la página que la maestra tiene bajo sus ojos hay un garabato. Un círculo que contiene un cono invertido, surcado por líneas divisorias. Hay otro cono, que se eleva hacia nueve circunferencias. Sobre ellas hay una flor, y sobre ella otros nueve círculos más pequeños.

Días atrás la maestra había viajado hasta una reducción asentada en un valle y había logrado convencer al cacique que dejara al chico concurrir a la escuela. En su primer día de clase el indiecito se había mantenido solo y apartado, incapaz de hablar y de comunicarse con nadie, sólo empecinado en su trabajo sobre el cuaderno.

Esa noche los sueños le han recordado a la mujer un manual de literatura estudiado veinte años atrás en un colegio y en su casa paterna en un suburbio de Buenos Aires. El banco del cole-

gio y la mesa del comedor (una mesa de algarrobo cubierta con un mantel de hilos entrelazados como complicada tela de araña) se han borrado otra vez, pero el dibujo de una hoja de aquel manual se ha fijado con precisión en la memoria de esta vigilia, y ella lo compara con las marcas del cuaderno, buscando un error o los signos de la casualidad en esa representación infantil del Más Allá que describe Dante en su Comedia.

Piensa al mismo tiempo en el impulso, en el raptó que la ha traído al sur del mundo, y también evoca una escena, o quizás un comentario de esa obra que sólo estudió en parte, desganada y aburridamente, para el olvido. Dante quería que en el Infierno tuviese cabida todo el mal de la Tierra; todo el dolor tenía que ser devuelto a quien lo había provocado. Y entonces inventa una estatua que recoge todas las lágrimas hasta formar un torrente que se precipita en los ríos infernales, que son también instrumentos de punición para los condenados que han hecho sufrir al prójimo.

Una arremetida del viento la lleva a pensar que en ese sur, como el declive para el agua, todo es arrasado y echado a rodar hasta caer en un infinito vacío. No puede existir allí, ella está segura, un libro del cual el chico haya copiado el dibujo. Las líneas son precisas, como las de quien ha utilizado un compás o se ha ejercitado en ellas largamente.

Todas las dudas son superadas por nuevos asombros. Hace una hora que la mujer estudia el cuaderno y recién ahora, grabándose progresivamente, como aparecen los particulares de una imagen en el papel fotográfico que se está revelando, descubre pequeñas letras que acompañan a las líneas. El Aqueronte, el Flegetón, el Leteo, formados por el torrente de los dolores, son aquí el río Curuñú, el Bajo y el Manaé.

No se sobresalta ante estas indicaciones que no puede haber escrito el indiecito analfabeto. No se sobresalta porque ya ha aceptado el mensaje. Muchos años de extravío y un amor único y una separación insoportable la han llevado a buscar la reclusión en esa cárcel sin límites. La temeridad de la desesperación la ha acercado al Curuñú y a los nueve círculos infernales, que

en el mapa del chico tienen nombres quizás nunca pronunciados, nunca surcados por alma viva.

La mujer se envuelve en su poncho y sale al aire del alba. Sabe que pronto será digna de reencontrar a su amado. Sonriente, silencioso Virgilio, el chico la espera junto a la tranquera caída.

Se alejan hacia el bosque donde los lobos y las heladas no son sino las últimas pruebas, o las primeras verdaderas puertas, que ella está ansiosa por sortear.

PASO A NIVEL

La casa es una villa que alguien construyó cuando todo era campo, tomando como modelo las que levantaba el Ferrocarril Francés para recibir a sus ingenieros y agrimensores. Pero el modelo había cambiado al querer cincharse y elevarse, buscando defender cada uno de sus flancos del peligro que suponía la elección arbitraria de su asentamiento en el desierto, ahí, y no un metro más allá, o cien, o un kilómetro, más para acá.

Cuando se proyectó el segundo ramal del ferrocarril, el dueño vendió por buen precio una lonja larga que pasaba cerca de la villa, después de una rencilla en la que por un momento existió la amenaza concreta de la expropiación. Después vino una división del descampado y un loteo, y la villa marcó la calle, cotizó mejor los terrenos cercanos a ella y de alguna manera fue la pretensión de las otras casas que fueron levantándose alrededor y que en seguida se demostraron imaginativas pero sin altura, sin color, sin adornos, con los techos de cinc.

Fue entonces cuando la villa pasó a las manos del hombre que moriría poco después dejando, en el salón gigantesco, a una mujercita débil, y en la torre del altílo a dos niños que ya no salieron ni para ir a la escuela.

La mujer encaneció y se curvó. Silvia me contó que su ma-

dre, cuando la llevaba y la trata del jardín de infantes saludaba y cruzaba dos palabras con la viejita, que ya había abandonado el comedor y pasaba el día cerca de la vereda.

Había, viniendo de la calle, una puerta de alambres retorcidos en figuras de flores; el jardín con el camino de lajas que llevaba a una arcada y a un porche —como decían los franceses— y, finalmente, a la puerta de la mansión. La viejita se quedaba detrás de los alambres, apoyándose o sosteniéndose en la puerta, los dedos enredados en la gran rosa y en su cabo espinoso.

Y, cuenta Silvia, después yo empecé a ir sola a la escuela, y cada vez que pasaba le decía:

—Buenas tardes, señora.

—Hola, querida, ¿cómo te fue en la escuela?

—Bien, señora.

—Así me gusta —decía ella, o decía:— Qué lindos guantes. A que yo adivino que son nuevos y los estrenás hoy, ¿no es verdad?

Un día, sigue Silvia, estábamos jugando muchos chicos en la calle y uno dijo:

—Vamos a tirarle piedras a la casa de la bruja.

Nos pusimos a juntar cascotes, sigue Silvia, y después los chicos empezaron a correr y al pasar delante de la mansión le tiraron las piedras. Yo me quedé inmóvil, grité:

—Chicos, pero ésta no es al casa de una bruja. Es la mansión de la señora Ema...

Los chicos desaparecieron al doblar la esquina y yo me volví hacia la casa y vi a la vieja asomándose detrás de un matorral que mi mamá me había dicho que años atrás era un ligustro podado con la forma de una gran regadera. La mujer se agarraba de las ramas, acosada (de eso me daría cuenta después) tanto por la casa, a la que parecía no querer entrar, como por la calle, a la que ya no podía salir.

Me escapé, sigue Silvia. Desde entonces doblaba siempre en otra esquina para no pasar delante de su casa, por una vergüenza que siempre creí que era mía y que un día me di cuenta era

ajena, vergüenza por ella.

Cuando los hijos llegaron a los veinte años, la madre murió. La hija salió a la calle y se quedó en medio de la vereda, llorando, enfundada en un batón que la madre debía haber usado treinta años atrás. Pasó una vecina y le preguntó qué le sucedía y la muchacha dijo que su mamá se había caído en la cocina y que no se levantaba, y que su hermano había cerrado la puerta de la torre y que no la dejaba entrar.

Recién entonces los vecinos tomaron conciencia de la existencia de los hermanos y supieron que la chica era, como dijeron, una "inocente", y se percataron de que nadie había visto al hermano de hacía por lo menos siete años.

La madre estaba muerta, tirada en la cocina. Un vecino averiguó en el Registro Civil, o no sé dónde, y supo que la mujer cobraba la pensión del marido. El mismo vecino se encargó de que el seguro se ocupara de los papeles, del cajón y del entierro, y después se animó a sobrepasar el gran salón y a subir las escaleras a la torre y a golpear la puerta cerrada. Golpeó, llamó el nombre que había revelado la Inocente:

—¡Guliver!

Volvió derrotado, pero las mujeres no se resignaron:

—Hay que insistir. Esta pobre chica no sabe decimos ni siquiera si tienen algún pariente a quien hay que avisar. Capaz que el hermano ni se enteró de que se le murió la madre. Si no abre hay que llamar a la policía.

El vecino volvió a subir y a llamar:

—Guliver, ¿me escuchás? Tenés que bajar. Se murió tu mamá y la estamos velando.

La Inocente pasó la tarde sentada en el salón, al lado de las señoras, comiendo con avidez todo lo que le traían. Por la noche una de las vecinas se la llevó a dormir a su casa. La muchacha pidió una muñeca.

Llegó la mañana y llegó el momento de cerrar el cajón. Las mujeres volvieron a mandonear:

—Hay que ir a avisarle. No puede ser que se le murió la madre y no la salude. A lo mejor está enfermo. Hay que tirar

abajo la puerta. Que venga la policía.

Pero ya no quedaba tiempo. Los de la funeraria tenían su horario, amenazaron con que si no cerraban en seguida se iban y que se las arreglaran ellos con el entierro.

Para darse fuerzas subieron en grupo. Un hombre golpeó la puerta y una mujer se animó:

—Mire que cierran el cajón donde está su madre. Se va a arrepentir toda la vida de no haber bajado a despedirse de ella.

Un hombre saltó:

—¡Si no abre tiramos la puerta abajo!

Entonces salió el que siempre fue llamado "el Hermano" por los vecinos, un muchacho demacrado y blanco por la falta de sol, pero alto y buen mozo, afeitado y vestido con un traje a la moda de cincuenta años atrás.

Los vecinos se hicieron a un lado para abrirle camino, apretándose contra la pared o contra la balastrada de la angosta escalera. El Hermano pasó entre ellos sin rozarlos ni mirarlos. Bajó y se paró delante del cajón, hierático.

Uno de los empleados esperaba con la chapa de cinc apoyada contra la cabecera del ataúd, y el otro ya tenía encendida la soldadora que chisporroteaba. Trajeron a la Inocente.

—Besá a tu mamá, querida —le dijo una vecina.

La Inocente se agachó y besó a la muerta; después se dio vuelta y se quedó mirando el plato con torta que le habían sacado de las manos y que habían dejado sobre una silla.

—Bueno, ¿cerramos o nos vamos? —preguntó el funebrero a una vecina.

—No me pregunte a mí que no tengo nada que ver. Pregúntele al hijo que está ahí.

El empleado se acercó al cajón y dijo en voz alta, sin mirar al muchacho:

—¡Bueno, vamos a cerrar! —Esperó un minuto todavía, relojeó al hijo inmóvil, y con un ostentoso gesto ordenó al otro que colocara la chapa.

La Inocente, sola en la larga fila de sillas contra la pared, comía su torta.

Pasó un año. Y en ese año, en el porche de la casa empezó a dormir un linyera. Los vecinos se fueron percatando de a poco. Un día en que una vecina había llamado a la Inocente para que le ayudara a limpiar, y con esa excusa hacerle la caridad de darle azúcar, mate y galletas, la muchacha dijo:

—El señor que duerme en casa se fue temprano. —Así lo llamaba ella, "el Señor"; una expresión que estaría copiando de la boca del hermano.

El Señor atravesaba la puerta de alambre, rota y abierta siempre ahora, y llegaba con sus bolsas de nylon a la arcada bajo la cual dormía y acumulaba sus pertenencias, en una esquina oculta a los transeúntes.

Durante el día el vagabundo desaparecía en las vías del ferrocarril o caminaba arriba y abajo por la avenida, juntando basura, sin detenerse nunca.

Para unas fiestas de fin de año, cuenta Silvia, llegó de visita el hijo de unos vecinos que trabajaba en los Estados Unidos. Le sacó unas fotos al linyera y dijo:

—Vamos a llevarle una botella de vino, a ver qué hace.

Entonces agarró una botella de vino fino.

—Estás loco, llevale una botella de litro —le dijo el padre.

—Pero no —dijo el hijo,— vamos a darle ésta a ver qué hace.

El tipo se llegó hasta el jardín y lo llamó:

—¡Eh, diga, venga! Esto es para usted, para que pase feliz Navidad.

El linyera salió del porche y fue al encuentro del desconocido. Silvia suponía que no lo movió el interés por el regalo sino el propósito de detener la intrusión.

El linyera recibió la botella y señaló el corcho.

El tipo dijo:

—Bueno, espere que voy a mi casa a buscar un destapador.

Cuando regresó, el linyera lo esperaba en la vereda. Recibió la botella, sacó de uno de sus bolsillos una lata de aceite para autos (una lata toda mugrienta, cuenta Silvia) y volcó el vino y devolvió la botella, sin decir una palabra. Sin una mirada, sin

una palabra devolvió la botella vacía, se dio vuelta, no entró en la casa, se perdió en la avenida.

Un día, cuenta Silvia, yo estaba en una reunión de la Vecinal, en un depósito que da a las vías, y alguien me dijo:

—Doctora, ahora va a asistir a un gran espectáculo. Va a ver cómo se baña el linyera de la casona.

Y entonces, sigue Silvia, vi que el linyera se desnudaba y con una lata recogía tierra o ceniza junto a las vías y se la echaba arriba de la cabeza, y después en los brazos, y en cada parte del cuerpo, y se refregaba y se sacudía y volvía a vestirse.

La casa empezó a venirse abajo. Hacía años que habían cortado la luz y una pérdida de agua sobre una pared fue carcomiendo el revoque de la planta baja.

—¿Y su hermano? —le preguntaban a la Inocente las hijas de las vecinas, las que ya tenían familia aunque eran más jóvenes que ella y no se animaban a tutearla. Habían heredado la obligación de una vez por mes llamarla por turno para que las ayudara en los trabajos de la casa, aunque la Inocente no supiera hacer otra cosa que romper lo que tocaba. Algunas mujeres la hacían sentar un rato y después le daban el paquete con los víveres.

—¿Come su hermano?

—Sí, come —respondía la Inocente.

—¿Habla con usted?

—Sí.

—¿Qué dice? ¿Por qué no sale?

—Él me dice que no tome el tranvía pero ahora hay ómnibus, ya no hay más tranvías.

Un día el presidente de la Vecinal fue a llamar a Silvia:

—Doctora, ¿puede venir? Llegó la policía y dice que va a desalojar la casona.

No habían pagado los impuestos durante treinta años, desatendiendo todos los avisos y amenazas. Los impuestos, más las multas, más los gastos del juicio, sumaban una cifra mayor de lo que valía la casa con todos sus muebles arruinados adentro. Silvia fue al Juzgado, logró un mes de gracia.

La Vecinal se reunió, se confesó impotente. Al día siguiente Silvia y el presidente de la Vecinal fueron a hablar con el Hermano.

A las cinco, cuenta Silvia, atravesamos el jardín y el porche y golpeamos la puerta. Mientras esperábamos, el presidente y yo nos descubrimos espiado la extraña arquitectura de las bolsas del linyera, acumuladas ordenadamente hasta el techo.

Abrió la Inocente:

—Yo le dije que ustedes venían pero él no me contestó y se encerró.

—Déjenos pasar —dijo Silvia.

Entraron, subieron, golpearon la puerta de la torre. El Hermano no les abrió y, cuenta Silvia, le explicamos la situación a los gritos, hablando uno cuando el otro se quedaba sin aliento.

—¡Bueno, nosotros nos vamos! —gritó Silvia—. Usted sabrá lo que tiene que hacer. Dentro de veintisiete días vienen y los dejan en la calle. Nosotros no podemos hacer nada.

A los veintisiete días vino el oficial de Justicia en un auto con policías. Apenas llamó a la puerta, el Hermano salió, seguido por la Inocente. Salieron al jardín y a la calle sin decir una palabra. Caminaron hasta la esquina y se detuvieron. Esperaron inmóviles durante la media hora que le llevó al oficial sellar las puertas y las ventanas. Cuando los policías se fueron apareció el linyera.

Silvia llegó de su trabajo a tiempo para ver de lejos cómo el linyera y una vecina se amenazaban. Corrió.

—¡Vienen conmigo! —dijo el linyera. Ordenó, perentorio, con la fuerza de quien habla por primera y última vez.

Y empezó a caminar, y los hermanos detrás a seguirlo.

—El hombre que haga lo que quiera —dijo la vecina, saltando junto a la Inocente—. Pero la chica se queda con nosotros.

El Hermano ni miró, siguió al linyera por la avenida, se perdieron detrás de los transeúntes y de las columnas del alumbrado.

La Inocente tironeaba:

—¡Guliver se va! ¡El Señor se va!

Durmió dos días en la casa de la madre de Silvia. Al tercero salió a comprar algo al almacén y no volvió. Avisaron a la policía. Alguien testimonió haber visto esa mañana al linyero y al Hermano en la avenida, rondando el barrio.

Y ya no volvieron a saber nada de ellos.

Me acordé de toda esta historia cuando un brasileño me contó que en Recife había mendigos callejeros y también mendigos inmóviles, a merced de los que salían por las calles, a la merced éstos de morir aplastados por un tren, por un tranvía. De manera que la ciudad resultaba siempre una antesala, una antesala del dormitorio, y una antesala del comedor, y otra antesala en el porche de entrada a la casa, y otra antesala el jardín, y otra la vereda, y otra la avenida, otra las vías, sin llegar a escapar nunca del campo infinito o entregarse a él, la ciudad.

CLAROSCURO

En verano, en mis días libres, me voy con el auto a mirar el atardecer en algún suburbio. Esa magia, he terminado por deducir, es lo que me ata a esta ciudad hostil y lo que me vuelve a atraer cuando intento escaparme.

Una tarde llegué a un pasaje estrangulado por baldíos, vías de tren y por los muros de una fábrica abandonada. Si miraba esos muros altos, pensaba en sombríos campos de concentración, donde se alojaba poca gente que llegaba a formar una especie de familia, un antro en el que reinaba el odio y la eterna humillación. Si miraba adelante, a los fierros que cortaban la calle, y a los yuyos y a las basuras que ocultaban las vías, pensaba en los caminos que había abandonado en mi vida y en cómo algunas estaciones felices se estaban sepultando en el olvido. Arriba había mucho cielo con nubes rojas que me recordaban un poema de Baudelaire, en donde un extranjero niega amar amores y personas, y termina diciendo que sólo quiere adorar a esas nubes, a las maravillosas nubes que pasan y se van.

Tenía la radio encendida y la música me ayudaba a elegir los lugares. Me gustó mirar el cielo con las oberturas de Rossini, y me sonreí a mí mismo mirando las vías escondidas en una pausa con melodías orquestadas.

Cuando quise marcharme, el auto no arrancó. Las luces se

encendían débiles y adiviné que la radio había terminado por descargar la batería. Entonces me bajé y vi lo que no había mirado a mis espaldas. El camino, que se perdía en otro horizonte sin nubes, me dio ganas de quedarme a imaginar cosas, pero pensé que era mejor conseguir ayuda antes de que llegase la oscuridad.

A unas tres cuadras estaba parado un camioncito. Era de un repartidor de soda que bajaba cajones en una pieza de material que era un almacén.

Entré en el local empujando una puerta que volvió a cerrarse detrás de mí con un chasquido. Adentro no había ventanas, y la oscuridad era fría y húmeda. Una chispa de luz saltaba por el techo, donde creí ver cuerpos colgados, como en un matadero o en un frigorífico.

Oía ruidos de botellas y de gente moviéndose, pero no lograba ver a nadie. Saludé, y me respondieron varias voces. Dije que se me había parado el auto y que necesitaba ayuda para empujarlo. Una voz, que después reconocería como la del sodero, dijo que cuando terminase de ordenar unos cajones me acompañaría.

Un agujerito en las chapas de cinc dejaba entrar un rayo de último sol, y esa luz iba a golpear las botellas que estaban moviendo en un extremo del cuarto. Los reflejos llegaron a mi cara y me enceguecieron en la oscuridad. Pensé que toda esa gente me estaría mirando, y salí.

La pared del frente estaba llena de chapas con propagandas de refrescos y vermouths. El sodero salió del almacén y me dijo que subiera al camioncito. Las tres cuadras hasta mi auto las recorrimos lentamente, por los baches. El ruido infernal del entrecuchar de los cajones de alambre y de los vidrios no nos dejaban hablar, así que me puse a pensar, mientras veía que nos acercábamos al callejón de las vías, que estaba volviendo a una estación que yo creía haber abandonado, y me acordé de una carta inesperada que recibí un día, y de cómo una persona sepultada había vuelto a saltar a mi lado.

Teníamos que dar vuelta el auto para que el camioncito pu-

diera empujarlo y hacerlo arrancar. No resultaba fácil, porque la calle de tierra era estrecha y desnivelada. En los descansos nos pusimos a charlar. Saqué cigarrillos, y la magia del atardecer nos distrajo.

Creo que es mejor no tratar de explicar algunas cosas. Yo tengo cuarenta años; el sodero tendría unos treinta. Pertenecíamos a dos mundos distintos, pero el atardecer borraba los contornos demasiado precisos de mi auto lustrado y de su chatita descuajeringada. Supongo que todo habrá comenzado con una especie de confesión mía que rompió el hielo. Entonces el sodero señaló con un gesto el lugar que nos rodeaba y dijo que ahí, justamente, más de diez años atrás, había iniciado su nueva vida y lo que él llamaba su "fortuna".

Empezó su historia dejando de contar, él también, algo importante que lo había obligado, adolescente y sin familia, a vagabundear huyendo. Un día descubrió la cervecería abandonada y se instaló ahí.

No debía hacer mucho tiempo, dijo, que la fábrica había dejado de funcionar; no quedaban máquinas ni muebles, y ya muchos vidrios de las ventanas estaban rotos, pero si uno abría las canillas salía agua y todavía persistía fuerte el olor a fermentación.

Se consiguió una changa de peón en la ciudad. El albañil le decía que ya era bastante con que aprendiese un oficio, y le pagaba con monedas, así que tuvo que seguir durmiendo en la cervecería.

Al mes de hospedarse ahí, en medio de la noche, sintió ruidos. Enseguida entendió que no se trataba de ratas ni de murciélagos. Se escondió atrás de un tonel, y vio llegar a una mujer vieja y gorda, que tenía las manos ocupadas en arrastrar una gran valija, y que sostenía una linterna entre los dientes.

El sodero contó un recuerdo de infancia: había en su barrio una mujer que asustaba a todos los chicos. Los guachos iban y le pedían: Doña Dolinda, venimos para que nos haga tener miedo. Le tenían que rogar hasta que al final ella los hacía entrar en el rancho oscuro y cerraba con trabas la puerta. Se ponía en la

boca un palito de yerba mate, con la punta encendida para adentro, entre los dientes, y se les echaba encima. Los chicos corrían volteando todo, hasta que la bruja los acorralaba. "¡Había que ver lo que iluminaba esa bracecita! Después uno contaba que había visto la cueva 'el diablo'; otro decía que se le habían venido encima los mostros, y de verdá tenía los brazos todo rañados. Así de fuerte me asusté cuando la Gorda entró con la lucecita en la boca".

La Gorda descubrió los trapos que servían de jergón al muchacho y se desplomó sobre ellos. La valija cayó y explotó, desparramando ropas y frascos por el piso. La Gorda revolvió hasta encontrar un camisón que se calzó sin levantarse. Después, sosteniendo la linternita entre las rodillas, se iluminó la cara y se puso cremas y se pintó los labios mirándose en un espejito. Y antes de echarse a dormir, volvió a buscar entre las cosas que se habían escapado de la valija.

—Usted va a pensar mal de mi persona —siguió el sodero,— pero usted se sinceró conmigo y ahora voy a devolverle la gratitud. La Gorda revolvió entre sus cosas hasta que al rato me di cuenta de que lo que estaba haciendo era contar un toco de guita alto así. Lo escondió otra vez entre la ropa de la valija y apagó la linternita. Yo me le quedé escondido hasta que se puso a roncar. Me le fui acercando en cuatro patas. Estaba todo muy oscuro, y en vez de tocar la valija le toqué la cara llena de grasa. Y entonces ella me agarró fuerte la mano y yo se la quise sacar y ella me dijo que no me asuste.

"No te asustés", dijo la Gorda, "ya sabía que había alguien ahí". El muchacho arrancó sus manos de las garras de la mujer. "Me muero", dijo ella, y el muchacho volvió a tocarla. Y teniéndolo suave con las dos manos, "como palomas o empanadas", la Gorda empezó a hablar y le contó su vida.

Se había ido, no dijo si echada o escapándose, de la casa donde había trabajado más de treinta años, recibiendo de tres a diez hombres cada noche.

El muchacho le preguntó si estaba enferma y si quería que la llevara a un hospital. Ella dijo que no. El muchacho le preguntó

otras dos cosas: si siempre había sido gorda, y por qué —si, como ella había confesado, tenía juntada bastante plata— no se había ido a dormir a una pensión. La gorda contestó que la gordura estaba siempre de moda en su profesión, y que las pensiones y los hoteles le daban mucho miedo, que era como dormir en hospitales o cementerios, donde uno se encuentra rodeado de mucha gente desconocida. Hacía dos días que daba vueltas arrastrando esa valija pesada que encerraba todas sus pertenencias.

Habían hablado en la oscuridad, aunque una estrella entraba ahora por la ventana. El muchacho quiso retirar su mano para encender una vela. La Gorda le pidió que antes de hacerlo le contara su vida. Y el sodero me dijo que le había contado su vida, así, sin darme detalles. Al final, la mujer hizo también ella dos preguntas: si era verdad, como estaba adivinando, que él era virgen; y si iba a ser tan gentil de hacerle un favor.

—Me preguntó si yo era virgen, que se había dado cuenta por mi mano y por mi hablar, y que si yo iba a ser tan dispuesto a hacerle un gran favor, y yo le dije que sí.

Más tarde le iba a anotar la dirección de la casa donde había trabajado como cuarenta años, para que él fuera a llevarle plata a una chica joven que trabajaba ahí y que se llamaba Marta. Que tocara el timbre y pidiese por ella (por Marta) al dueño del prostíbulo, como si algún amigo se la hubiera recomendado. Que cuando quedara solo con la muchacha le diera la plata, diciéndole que se la mandaba la Gorda, que se había casado y lo mandaba a él porque había cambiado vida. Que la perdonaran todas las chicas, pero ya no quería verla a ninguna. Que se había casado y que estaba muy feliz con su nuevo hogar y con su marido trabajador. Que vivía en una casa sencilla ("pero si te pregunta tenés que decirle como cosa tuya que es una casita muy bien puesta"). Que no se preocupara (la Marta) por esa plata, que a ella (a la Gorda) le sobraba, y que ya le iba a mandar más para que ahorrara en la libreta de la Caja de Ahorros y ella también (la Marta) se hiciera una nueva vida.

—Yo seguí trabajando con el albañil. La Gorda se quedaba

todo el día en la cervcería, y se puso a acomodar el lugar adonde vivíamos. Metió cartones y trapos en las ventanas y se hizo una mesa y dos bancos con las maderas que encontró por ahí, y me hizo comprar una escoba y limpió todo. Yo le había dicho que no tenía plata, así que ella me daba para la comida. Todavía no habían puesto ese almacén donde usted me encontró descargando; me tenía que traer las compras del centro. Galletitas y sardinas, me acuerdo, o picadillo. Ya ni sé cuánto tiempo vivimos ahí juntos, pero unos dos meses sí. Todos los jueves la Gorda me daba plata para la Marta y, cuando yo volvía, lo único que me preguntaba era si Marta estaba bien, y yo le contestaba que sí, que había agarrado la plata y que le agradecía tanto.

Una mañana la Gorda no se pudo levantar. El muchacho se asustó y pensó en abandonarla. Le preguntó si quería que llamara a la ambulancia o a un médico. La Gorda le dijo que no se preocupara, que fuese nomás a trabajar, y aunque no era un jueves le pidió que llevara a Marta toda la plata que quedaba. Esta vez tenía que decirle que ella (la Gorda) se despedía porque se mudaba con su marido a otra ciudad. Que se había cansado de vivir siempre con el miedo de encontrar algún viejo cliente.

Cuando el muchacho regresó, esa tarde, se dio cuenta de que la Gorda se moría. "Me preguntó si podía darle la mano, y se la di y empecé a llorar". Para el muchacho fue como darse cuenta de que la Gorda era el amor de su vida. La abrazó y le empezó a gritar que no se muriera, que no lo dejara solo. Quiso confesarle toda la verdad.

—Porque yo me había guardado toda la plata; no había ido ni a ver la casa adonde vivía esa Marta. Había amarreteado hasta de lo que me daba para las compras. No quise arruinarle la muerte, pero me juramenté que al otro día iba a sacar toda la plata de la libreta y se la iba a llevar a esa mujer.

Sentado en el suelo, la sostuvo como a "una muñeca grandota", hasta que la Gorda se murió con una sonrisa. Pasó toda la noche así. Al amanecer juntó sus cosas.

—Yo no podía meterme en lío, pero no era miedo sino que tenía que cumplir con mi juramentación.

La tapó bien y se fue para no volver. Llegó a la ciudad y sacó la plata de la Caja de Ahorros. Eran muchos billetes y tuvo que envolverlos en un pulóver viejo.

—De paso entré en los galpones donde estaba en venta el camioncito, nada más que para mirarlo por última vez con desengaño, sin ninguna esperanza. Y cuando vi la máquina perdí la cabeza; pensé que la Gorda me perdonaría si yo esperaba un poco para devolver lo que le había sacado. La plata me alcanzó con un poco de sobra para empezar a vivir.

"Bueno", dijo, aplastando el cigarrillo, "¿qué le parece si empujamos otro poco?"

Las ruedas delanteras se hundieron en una zanja con barro. Tuvimos que buscar unos palos y hacer palanca. Después el sodero se alejó hasta su chatita y volvió con una botella de soda. En cada almacén que descargaba hacía el cambio por una botella fresca. Me ofreció para que yo tomara primero.

Terminamos de dar vuelta el auto y lo empujamos delante de la chatita. Creí que mi percance y la historia del sodero habían terminado. No quedaba sino despedirnos y entrar cada uno en su vehículo. Pero el sodero volvió a hablar.

—Cuando empecé a rejuntar algo de plata (pasaron muchos meses, pero yo vivía en un conventillo para ahorrar), hice prender el camioncito y junté lo que le había sacado a la Gorda, con más los intereses justos que esa plata tendría que haber dado en el depósito de la Caja de Ahorros, según me ayudó a sacar la cuenta un empleado de ahí muy buena persona.

En todo ese tiempo, pensando y llorando a la Gorda —nunca había sabido si la habían encontrado y enterrado, o si todavía estaba ahí, dijo, señalando la cervcería abandonada, "encerrada en su casita"—, al muchacho se le había dado por pensar que Marta era la hija de la Gorda, que cuando la conociera se iban a enamorar y se iban a casar. "Y tenía la imaginación de que con esa plata que le correspondía a ella, íbamos a comprar un terrerito y podíamos empezar a construir". Le gustaba pensarla joven pero igual a la Gorda, dijo.

—Bueno, junté la plata y me puse un poco de ropa limpia.

Le saqué todos los cajones de soda al camioncito y lo lavé como nuevo. Y entonces me fui a buscar la dirección. Y cuando llegué, la dirección era de un edificio, y ese edificio tenía escrito arriba: "Casa de los Maestros".

El muchacho no necesitó mucho tiempo para entender que ahí no podía funcionar un prostíbulo, que la Gorda le había mentido y desde el primer día había sabido que él la robaba.

Junto a la puerta de entrada de la "Casa de los Maestros" estaban apoyados unos carteles, y el muchacho se acercó a mirarlos. Uno llamaba a los docentes a una asamblea; el otro anunciaba una función de teatro para esa noche.

La puerta del edificio estaba abierta y el muchacho entró. Adelante, al fondo de unos pasillos, vio un salón con mucha gente. En el escenario había dos mujeres vestidas de guardapolvo blanco, que decían que los maestros tenían que ir a la huelga. Una de las maestras golpeaba el puño contra la mesa.

El muchacho estaba ahí, mirando, cuando un hombre al que le faltaba un brazo lo tocó en el hombro y le preguntó si estaba buscando billetes para el teatro. Al muchacho le dio vergüenza que lo descubrieran espiando y compró una entrada.

Esa noche el sodero fue a la representación. El salón de actos de la "Casa de los Maestros" estaba casi vacío. Debía tratarse de la obra de un grupo de vanguardia; una actriz bajó del escenario y besó uno a uno a los espectadores, en la frente.

Después, un actor mezclado con el público se puso de pie; la muchacha que había besado a todos trajo un manto y una corona y lo vistió de rey. El Rey ordenó que todos lo siguieran. Los espectadores estaban confundidos; la muchacha los obligó a incorporarse y a marchar en fila detrás del coronado.

La comitiva recorrió los pasillos y entró en un cuarto oscuro. Cuando el último de los espectadores entró trastabillando, la muchacha cerró la puerta. Poco a poco fue alzándose una música. El muchacho sintió que alguien le tocaba las manos y que largos cabellos resbalaban como agua entre sus dedos.

Entonces "se incendió el anillo del Rey", y la muchacha fue iluminando una a una las lamparitas de la gran araña que colga-

ba del techo. El Rey dijo que tenían que celebrar el encuentro y sirvió vino en vasos que ya estaban preparados sobre una mesa. La muchacha, entre tanto, incitaba a todos a bailar. Para disimular su vergüenza, el muchacho se volvió hacia una pared, y entonces se le apareció la Gorda.

—En cualquier momento se me venía la mina para cobrarse el beso que me había dado adelante de la gente. Yo me metía la mano en el bolsillo para separar uno o dos billetes del toco que había preparado para esa Marta que no existía. Pero tenía todo atado con gomitas, y me di vuelta para sacar la guita sin que me junaran. Las paredes ésas estaban llenas de fotos con vidrios, y cuando me puse contra la pared el ojo me cayó en la Gorda, que se notaba enseguida porque era la única que no tenía guardapolvo.

Alguien lo llamaba y le tocaba el hombro. El muchacho, que se había perdido en la fotografía, se dio vuelta y vio el cuarto vacío. La muchacha que le había dado el beso entró apurada, agarró la bandeja con los vasos de vino y volvió a salir, echándole una mirada desconfiada. Alguien volvió a tocarle el hombro y el muchacho pensó que era la Gorda.

El hombre sin brazo se echó atrás, con recelo. Ladeando la cabeza le dijo que se tenía que ir, que la representación había terminado. En la penumbra, detrás de una puerta, el Rey, sin manto ni corona, tomaba mate, controlando aparentemente a la muchacha que limpiaba la mesa, pero en realidad controlando lo que sucedía entre él y el Manco.

El muchacho señaló la foto. Su timidez debió tranquilizar al Manco, que se acercó a mirar el cuadro y dijo: "Esa debe ser la comisión directiva de, a ver, acá está, del año 1970". El muchacho señaló a la Gorda. El Manco lo miró asombrado, tratando de adivinar la razón de su interés. Dijo: "Esa es Marta, la Gorda, la ordenanza. Se jubiló hace poco y por eso ahora vivo yo de cuidador. Estuvo acá un montón de tiempo. Salía a la calle nomás que para barrer la vereda. Quién sabe adónde habrá ido a parar, la pobre. Decía que se iba a casar, pero nadie le creía porque estaba medio loca, con el perdón de usted que a lo mejor es

pariente".

La luz del atardecer dio un salto y se apagó.

—Y bueno, acá se termina la historia —dijo el sodero—. No había sabido adónde meterse, no había querido ir a una pensión. Y al final era como si se hubiera casado conmigo, y ayudándome a mí con su ahorro es como si se hubiera ayudado a ella misma de joven, para cambiar vida.

Entendí que esta conclusión era fruto de una larga meditación, con la que el sodero había tratado de aceptar una locura o de tranquilizar su conciencia. Yo quería quedarme solo para tratar de ver claro. Tiré mi cigarrillo, y cuando aplasté las chispas con el pie las cosas quedaron sin luz.

Cada uno subió a su vehículo. Las luces de la chatita se encendieron y empezó a empujarme.

Las luces de la chatita iluminaban los costados del camino, porque delante se extendía la sombra de mi auto. Hasta que el auto arrancó y se encendieron también sus luces. Saqué el brazo por la ventanilla, saludé, agradecí, aceleré, llegué al asfalto y perdí de vista los faros del camioncito.

Unos días más tarde fui a la "Casa de los Maestros". Con la excusa de que era un historiador, pedí ver las fotos de las comisiones directivas de la institución. Ma atendió una maestra de mediana edad, menuda y ligera, con un cuardapolvo que le caía como una túnica. Me llevó al cuarto de las fotos enmarcadas y se disculpó diciendo que tenía que hacer. Desapareció por otra puerta, que debía ser aquella en la que el Rey se había quedado espiando.

Recorrí las paredes. Existían fotos de 1949 a 1975. Eran de grupos, más o menos compactos, de maestras delante del edificio. Debajo, con letra gótica, tenían escritos la fecha y los nombres de quienes ocupaban los cargos principales. Busqué la de 1970. No la individualicé. Traté de descubrir a la Gorda en las otras fotos, pero todas las fotografiadas estaban vestidas de blanco. Volví a buscar atentamente la de 1970 y descubrí un lugar vacío, donde se dibujaba nítidamente un rectángulo más claro en la vieja pared empapelada.

Al salir por el pasillo crucé la puerta abierta de un cuarto lateral. El cuarto estaba casi oscuro, con las persianas cerradas. Pegado a una rendija de luz, creí ver al Manco que espiaba la calle.

PASTOR DE AGUAS

El pescador de río (aunque el río sea como éste, ancho como el mar) tiene siempre a mano firmeza de tierra siempre a vista. Hasta el pescado de río (aunque el río sepa enloquecerse de olas y remolinos, con sus barcos y catedrales, sumergidos) es pescado de tierra, tripas con barro. El agua es oscura, agua con tierra.

Así las uñas del pescador, como nácar o escamas, pero entre el dedo y el reverso: la mugre. Así el cabello, la piel, el fondo de las arrugas. Tierra limpia, tierra de agua, desencadenada.

Esos límites imprecisos ayudan a las inundaciones. El agua, sin tragedia, empieza a prevalecer. Con tragedia contenida el pescador vuelve al atardecer de trabajar con la canoa y descien- de, chapotea en el agua que entra en su rancho. Con ladrillos se alzaron las camas, la mesa, las sillas.

A desgano, con tragedia mayor, en pausada discusión con la mujer, hay que decidir el alejamiento.

El agua, como plomo fundido, carcome el barro de las paredes, polvo enamorado, y en el fondo nada cambia: la arcilla cocida se disuelve, vuelve a lo que era como volverá a lo que es, tierra seca y dura, cuarteada, cuando las aguas se vayan, si es que se van, si es que el río no decide elegir su rumbo por ahí y los postes del rancho queden enclavados en el lecho más pro-

fundo, catedral sumergida, y el pescador, Florial Sosa para el caso, levante el nuevo rancho en el viejo lecho del río que las crecientes llenaron de barro, ahora tierra seca y dura.

A quien vea tragedia en estos sucesos, Florial Sosa señala a su hermano, que vive en la villa miseria atrás del cementerio: ranchos amontonados, sin río ni pesca, con hambre y sed, con peligro de muerte en cualquier hora —en la hora del lobo y la lujuria, o en cualquier hora del sol despiadado—.

Los terrenos que dan en llamarse Isla Verde son municipales y cada tanto son prometidos en venta lenta a los ocupantes, en lonjas que llegan al río. Pero cada unos diez años llega una inundación que tira abajo los ranchos y los alambrados. Y cada unos cincuenta años llega una inundación peor, que obliga a acciones de caridad y a prohibiciones de regreso, nunca más, que se vayan todos sin exclusión atrás del cementerio, protegidos por lo reseco difunto y estéril, y sólo quien tiene canoa, que es una especie de patria, persiste, pescando, armándose un refugio de cartones, instalándose en el camino a la ciudad, hasta que le prometan la lonja o venga la verdadera inundación, que llega cada unos cien años, cuando el río cambia realmente de cauce, y sólo queda la canoa para indicar en el infinito mercurio un lugar en donde sobrevive la nostalgia y la espera, la espera de que aparezca la tierra en algún lado, algún día, para ocuparla a escondida, con tenacidad, hasta que se regulen fracciones de terreno que serán propios en venta lenta e imposible.

Siempre que el árbol o el ancla que mantiene a la canoa, esa patria, no se desprenda con la correntada y, sin nostalgia ni espera, con el cuchillo entre los dientes, la familia enfile definitivamente para el cementerio. Y los hijos aprendan a robar flores de las tumbas para ofrecerlas a los enamorados en las puertas de los moteles de la ruta.

De manera que ante la inundación que prometía ser la de cada cien años, es decir la peor que podría ver en toda su vida, Florial Sosa había decidido no alejarse de su canoa, como los hijos no se alejaban de las faldas de la madre, y la madre no dejaba de mirar sombría las lejanías.

Los hijos eran tres, mujercita la mayor, rubio el menor por el abuelo polaco o alemán, a quien el misterio del río había embrujado.

Subió y subió el agua. Tuvieron que dejar el rancho, llevando poco a poco lo poco que se podía rescatar: tablas, chapas, cates, la cocina, el televisor vacío que servía de ropero. Montados en la canoa, sin esfuerzos, sacaron la paja del techo.

Se instalaron al pie del asfalto, sabiendo que a esa ruta, que conduce a otras provincias, la municipalidad tendría interés en defenderla. Ellos mismos la defendieron, con las brigadas del ejército, inútilmente. Por abajo, por los dos costados, el agua carcomía, día y noche.

Quedarón unas veinte familias de Isla Verde. Los otros habían aceptado que los llevaran a galpones o a vagones del ferrocarril. Las veinte familias éstas se resistieron, la mirada fija en las canoas.

Pero el asfalto se fue quebrando y la policía llegó para obligar el desalojo de los que permanecían en la fe.

—Si nosotros nos vamos el agua destruirá todo —dijo uno a un reportero de la televisión, y la frase fue transmitida como insensata.

Para decidirlos, la topadora, que servía para levantar vanas defensas de arena, tiró abajo uno y después otro los ranchos precarios armados con los materiales ya originariamente inseguros. Los tablones, las latas cayeron como papeles, sin ruido, sin estertor, sin extremaunción.

Llegaron los camiones; cada persona podía cargar con un solo paquete de ropa (la Bruja flores, se decía, escondía en su bolsa un tesoro de joyas y papel moneda). Nada de muebles, nada de animales, nada de cacerolas. De las canoas ni hablar.

—¿Y papá? —dice el polaco, el menor, viendo la vacilación de Florial, mientras avanza la cola de los que trepan en los camiones.

—¡Hombre! —grita la mujer.

—¡La canoa! —contesta el marido, alejándose—. ¡Vía encontrarle un lugar seguro! Más después los busco, esta noche, mañana...

—¡No, hombre! ¡Nos llevan! —grita la mujer.

El chiquito, el rubio, tira su paquete para quedarse con el padre.

El revuelo en la familia Sosa no es el único. De los camiones, los que subieron, se arrepienten, saltan abajo de nuevo. El agua se ha de ir, dicen, quizá ahora, en este mismo momento dejó de llover en Brasil, cerraron las represas. El agua bajará.

La policía amenaza. El polaco vuelve junto a la madre, todos vuelven a subir a los camiones.

Florial empieza a entrar en el agua, hacia la canoa. Del megáfono salta una orden para que lo detengan.

El pescador discute, trata de resistirse. Lo rempujan, lo obligan a subir a un camión.

Atraviesan la ciudad. Florial entre tanto va decidiendo: apenas los bajen se vuelve junto a su canoa.

Atravesaron la ciudad y llegaron a los galpones enormes de una fábrica abandonada, fábrica extranjera de autos ahora instalada en países menos inestables. Los inundados fueron bajando, agrupándose en el centro del local altísimo; parecían un grupo de carmelitas en una iglesia del demonio.

Florial se acercó a su mujer:

—Me viá buscar la canoa. La traigo al puerto pa' que esté más segura y más cerca.

—¿Y nosotros? —lloriqueó la mujer, pero ya al mismo tiempo arrepentida de andar manifestando mezquindad: ¿Acaso la canoa no es razón de sus vidas? La otra alternativa es ir al barrio detrás del cementerio. El símbolo, ahí: la promiscuidad de las tumbas.

Un grupo de enfermeras arrastran una mesa y unas sillas hasta un costado del galpón. Mandan que las familias se separen, se inscriban para dar lugar al orden.

El padre aprovecha la confusión para alejarse. En la puerta estaba la policía. "Viá orinar", les dice. Da la vuelta a los galpones y llega a la ruta.

Se había olvidado de pedir dinero a la mujer y tendrá que volver a pie a Isla Verde. Cinco, seis horas perdiéndose en la

ciudad, laberinto seco.

Llega a la isla en medio de la noche sin luna. No encuentra la canoa. Tiene la esperanza de que sea la oscuridad y no el agua quien lo confunde. Sentado, sin cigarrillos, espera el día.

Viene la luz inventando cosas con parsimonia exagerada, hasta dejar todo más o menos en su lugar. Pero la canoa no. Desaparecida: una de esas cosas que cuando se van se van para siempre.

Cuando terminó en el alba de recorrer las orillas y comprendió que la canoa no estaría para Nunca Jamás, Florial Sosa gritó, azotó juncos y camalotes, maldijo a la breve brisa y al sol que reventaba con una llamarada.

Se dio vuelta con gesto atroz, de espalda al agua, jurando no mirarla ni tocarla, Nunca Jamás.

Y acá, señores, empieza la historia de Florial Sosa, Pastor de Agua y Maldito, Santo Patrono y Demonio, Triste Arcángel, que sabe a algunos aparecérselos, blanco en la noche, silueta en la tarde, para seguir Injurando, Bendiciendo y Maldiciendo, Caminando Sobre el Agua, Reinando Sobre un Desprecio.

La historia de Florial Sosa empieza cuando el agua decide seguirlo como perro faldero.

Florial Sosa da un paso y el agua, en suave onda, lo persigue. Como Ángel de la Guarda o Mirada de Dios.

Hay detrás de sus pies (a quince centímetros, a veinte, a un metro, nunca más allá de quince metros) una onda de la creciente, una vanguardia de la inundación que persevera en acosar sus pasos. Después, atrás, viene la verdadera correntada, el verdadero cuerpo del monstruo, pero es Florial Sosa quien parece abrirle brecha, sin remedio, sin que de nada valga que el hombre suba a salvar la tierra sobre un monte alto. No; si él elige subir por una pendiente, entonces, el río, allá, rompe alguna posterior defensa, algún débil murallón, y así aumenta su fuerza y en un minuto de desborde cubre las partes bajas y ahí, en círculos espumosos, sube la pendiente siguiendo a Florial, para no abandonarlo, Nunca Jamás. Como la cruz al Cristo.

Florial no supo enseguida que era Pastor de Agua. Cuando

entró en la ciudad, por ejemplo, esa mañana, después de maldecir al agua que había escondido su canoa, advirtió rarezas en el comportamiento de la gente: escuchó gritos a sus espaldas, llantos, roncar de motores que se apagaban ahogados. Una muchedumbre cada vez más grave lo empujaba, lo sobrepasaba, corriendo adelante.

Entendió sí que esa gente escapaba del agua que ahora invade la ciudad, pero no se dio vuelta, no por el juramento de no volverse jamás sino por ese cansancio tan cansado que obliga a la indiferencia.

Florial va sin rumbo, sin querer llegar al galpón, junto a su familia. Sin canoa, ¿de qué puede servirles este padre, si no es para emborracharse y maltratarlos y quedarse todo el día frente al cementerio, en la playa de estacionamiento, fingiendo interés en vigilar autos ajenos, pronto a saltar apenas reaparece un conductor para tenderle solícito la mano?

Se pierde en la oscuridad, a medias arrastrado, empujado siempre por una multitud desesperada.

De golpe alguien lo reconoce, lo llama, lo abraza, le dice que vaya con ellos, que los espera un ómnibus para llevarlos fuera, lejos. Lo suben, lo sientan. El armatoste se pone en marcha, toma velocidad.

El agua, atrás, seguta a Florial Sosa por la ruta.

Las mujeres gordas y los chicos gritaban en el ómnibus, apiñados contra la ventanilla posterior, viendo a las olas saltar sobre el asfalto, salpicar el vidrio, detenerse, reincidir, siempre a quince, treinta centímetros del paragolpes, a un metro, nunca a más de quince.

No falta el razonador en ningún lado. En el ómnibus estaba Jacinto Lazo, de los barrios de El Cachuzo, justo enfrente de Isla Verde. Hombre de quedarse mirando el río de Heráclito, Jacinto Lazo, y de aconsejar dejando que el interlocutor hablase solo, hablase y hablase hasta entender que cualquier tragedia era inconsistente comparada con el silencio de las estrellas, la amplitud del aire y la velocidad de la Historia. Jacinto Lazo recibía a sus clientes —clientes eran sus visitas, ya que nadie lo consulta-

ba sin dejarle en pago un paquete de yerba o un pollo pelado — junto a la barranca del río, de noche y en el silencio general: la escenografía era su poder.

Jacinto Lazo estaba en el colectivo ése, apretado entre las mujeres robustas, mirando por la ventanilla. Y con las pocas neuronas libres que les dejaban los exuberantes senos, ¡esos demonios!, de las gordas, contra su pecho, contra sus muslos, sobre su pelada, fue el primero en advertir que esa lengua de agua que venía por la ruta disponía de una lógica precisa, la lógica irracional de seguirlos. ¿Cómo se explicaba, si no, ese serpentear exacto del líquido sobre las curvas del asfalto, como si leyese los carteles indicadores, como si llevase timón? ¿Y cómo se explicaba ese empecinamiento en quedarse siempre cerca del colectivo, apresurándose o deteniéndose según su marcha?

Jacinto Lazo espera un silencio de las gordas y de los bebés, llama la atención con un gesto de la mano, y proclama:

—El agua nos está siguiendo.

Y ante el estupor de lo que ya parecía sabido por todos, aclara:

—El agua está siguiendo a uno de nosotros.

Y, todavía, casi contra su voluntad, desequilibrada la lengua al encontrarse fuera de su ámbito de silencio:

—Uno de nosotros está arrastrando la inundación.

Nadie dudó de esas afirmaciones. Todos se tocaron el pecho más hondo, sede de alguna culpa secreta.

Cuando el ómnibus se detiene, fundido el motor, y el agua en la ruta también se detiene (exactamente como si fuera absorbida de golpe por una franja de desierto vertical), bajan todos, incluido el conductor, ya seguros de que cargan sobre sí la Ira de Dios.

Florial se había dormido y una gorda lo despierta:

—¡Vamos, hombre, que uno de nosotros está maldecido!

Florial baja, el último, pero nadie percibe el pequeño salto de las aguas.

No se animan a moverse.

A unos quinientos metros se había instalado un refugio para

inundados, y ahora la gente estaba tirando abajo las carpas, avisada del avance de las aguas.

Se deciden. En grupo compacto los viajeros se encaminan hacia el agitado campamento.

—¡Sí, sí, se mueve, nos sigue! —gritaban las mujeres, dándose vuelta, mirando el resquebrajarse de los brillos sobre la ruta, como en un espejismo.

—Si se enteran que traímos la disgracia nos matan. No digan nada a nadie, mejor —dice una de Isla Verde, que apretaba su paquete con los dos brazos, como si llevara un tesoro.

—¿No sería mejor separarnos, dirnos por los campos para llevar la fatalidad lejos de los vivientes? —dijo una, caritativa.

Antes de llegar al agitado campamento se detuvieron, se sentaron. El agua se paró en acecho. Había que decidir alguna acción. Todos esperaban un consejo de Jacinto Lazo.

Pero el viejo había recobrado el silencio.

Florial se tira entre los yuyos enfermos. Se adormece. Don Jacinto, nada.

La caritativa es la primera en confesarse:

—Y bueno, yo sé que es culpa mía. Dios me castiga y tiene su razón. No eduqué bien a los hijos; se me fueron todos, lo mismo que en su tiempo se me fueron los padres de cada uno de ellos. Yo cría que morir sola como una perra fuese pago suficiente... Ahora pueden dirse, díjame sola ustedes también. Si me quedo, el agua se va dir bajando.

—No, mi pecado es más grave —salta otra—. No supe ver los signos que el Señor mandaba, sudando del crucifijo lo que yo cría humedad, cuando mi Ramón estaba enfermo y yo pensaba que mejor si se moría, sin acetar como el cielo había dispuesto...

—Yo jui de los de Juan Soler, de los torturadores —dijo uno, nada más.

—Yo mandé de puta a la Rita que me dio mi hermana para que la criara.

—Yo tuve la culpa de decirle al Negro que había que aprovechar el momento para sacarle el tesoro a la Bruja Flores, y espe-

ramos que llegara la noche en el galapón y la vieja saliera con su paquete bien agarrado, y yo no tenía intención de que le hiciera el mal pero él dice que la vieja lo reconoció. Cuando él se vino tenía olor a sudor y a sangre y me pasó el paquete, que me vaya, que él se quedaba para endisimular. Ayercito nomás. Entuavía ni me animé a abrir esto. Esto... —dijo, y tiró el paquete en medio de la ronda, como si los diamantes y el oro le ardieran desde adentro de los trapos sucios que los envolvían.

El paquete cayó ahí, en el suelo, y la tela remendada se quebró como papel. Lo que saltaron no fueron joyas sino cabezas de pescado, huesos blancos y limpios de toda podredumbre, lustrados; espinas como marfil, pero de pescado, de río, de bagres, de moncholos, de sábalos...

—Asesinó por nada —dijo Don Jacinto, el último en hablar—. Pero les digo que soy yo y mi culpa quienes arrastramos la disgracia...

Después del silencio pensaron que las confesiones podrían bastar para aplacar la furia de las aguas. Entonces se alzaron todos a la vez, lentos, temerosos de que al agua en la ruta se levantara en ciclón. Empezaron a caminar juntos, como un ejército.

El agua allá, quedita, fija, indiferente.

Llegaron al campamento que parecían locos. Gritaban, a los soldados, a las familias:

—¡Alegrense, la inundación se terminó!

Infundieron tal seguridad que los del campamento decidieron festejar cocinando.

Cuando ya terminaban de comer alguien se acordó de Florial Sosa. Lo habían olvidado, dormido, tapado por los yuyos, cerca del ómnibus.

Don Jacinto fue a buscarlo.

Y bueno, así se supo que Florial era quien arrastraba la creyente. Maldito Pastor de Agua, Padre de Desgracias.

Los del ómnibus vieron que el agua se venía detrás de Florial y le gritaron que se fuera, lejos, para siempre. Buscaron piedras para echarlo.

Don Jacinto agarró el brazo del Pastor demacrado y lo detuvo:

—Volvé, hijo. El agua te sigue. Bendito vos que tenés el poder de alejar las penas.

—¿Volver?

—Sí, caminando pa' atrás, hasta el río, hasta donde debe ser, pa' que las aguas retomen su camino.

Don Jacinto lo dio vuelta y lo enfrentó con el agua. Para el Pastor esos brillos fueron como el sol para el encarcelado sin pausa de los subterráneos. Dobló, inclinó la cabeza.

—Pa' delante, hijo —le ordenó el viejo, y lo arrastró unos pasos.

Había, confesaría alguna vez Don Jacinto, una cosa como un viento que dificultaba el avance hacia las aguas, sólo que era más inmaterial que el viento y más invisible que el vidrio, como los obstáculos (empecinados, furiosos) que impiden recorrer un destino, aunque ese destino esté trazado en línea recta y simple, con humildad extrema. Así, diría Don Jacinto, yo entendí que él tenía que marchar solo y que yo no podía acompañarlo, y le largué el brazo y lo rempujé, alzando la voz a medida que se alejaba:

—¡Vamos, hombre, toda esta gente está esperando volver para sus casas!

Y Florial avanzó como un sonámbulo, aunque el agua permanecía inmóvil, y Don Jacinto supuso que, entre Florial y esa lengua de agua primera, existía como una sogá, y que era esa sogá la que arrastraba al animal de la fatalidad. Pensó que para hacer retroceder al monstruo Florial tenía ahora que tirarlo otra vez con esa cadena, y que era necesario que esa cadena se pusiese tensa, y para eso Florial tendría que entrar en el agua, diez, quince centímetros, un metro, diez, no más de quince metros.

Así que el viejo siguió gritándole, diciéndole que entrase en el agua, adelante, que todos dependían de su coraje, hasta que Florial, con la cabeza siempre ladeada por el rencor, sin mirar nunca de frente, empezó a caminar sobre las aguas.

Los del campamento, los del ómnibus, miraban con las ma-

nos en las frentes, por el sol, cada uno viendo el milagro que creía, aunque lo playito terminó y Florial fue cayendo en el agua, y recién cuando estuvo enterrado hasta las rodillas, la lengua de agua, acá, pareció moverse. Hubo un suspiro general, un aliento de victoria.

Sólo que esa agua seguía a su Pastor con demasiada lentitud. La cuerda, elástica, se estiraba: Florial con el agua en la cintura, en el pecho, a cincuenta, cien metros y más. Un punto en el brillo.

Don Jacinto y los demás avanzaban a medida que el agua se retiraba, pero más lentos que Florial, perdiéndolo.

El agua demoró semanas en bajar, dejando bañados, quedándose en pozos, pudriéndose en las tumbas abiertas.

El cadáver de Florial, todavía con los pulmones llenos de agua, apareció a la distancia, en un lugar cualquiera, abrazado a un golpe en el pecho, abrazado a la proa —nada más que proa y astillas— de una canoa que quién sabe cómo había ido a parar a esos desiertos.

OPERA OMNIA EN MIL VOLÚMENES

Usted y yo, lectores, estamos en un libro que no hemos tocado nunca y que sin embargo parece bien o mal que hemos leído. Usted y yo somos de una variedad intolerable —yo, por dar un ejemplo, alardeo de dos pequeños lunares en cada rodilla, equitativos, como ojos en dos cadavéricas caritas gemelas; ojos atentos, estupefactos en ir penetrando lo que mejor ignorar—, tan intolerable, le decía, que pululan las teorías sobre nuestra inevitable repetición, igualdad a la larga, inserción en un arquetipo ya catalogado en vaya a saberse qué burocracia de carácter celestial.

Páreme la lengua, haga valer su derecho a desenterrar propios comentarios sobre la cuestión, la de Rolando Soler, paisano a quien no tuve el gusto personal, autor del libro *Lirios doblegados*. Sé lo que diré por buena fuente, otórgueme su confianza.

Los mil ejemplares de *Lirios doblegados*, en edición de autor, llegaron a la casa de Soler en múltiples paquetes y en única tanda en marzo del '59. Fácil imaginar la conmoción del escritor ante su nombre estampado por primera vez, y la inmediata furia ante las erratas de la publicación descuidada. Dejémosle pasar este primer día en la intimidad de sus sentimientos más personales, de autor que se lee a sí mismo, que como perro deja de roer un hueso para atacar su reflejo en el agua.

Saltemos al segundo día, cuando Soler abandona la nerviosa exaltación y recupera su naturaleza cerebral.

El hombre ya quería, en un antemano largamente soñado, dedicar un primer ejemplar a su anciana madre, la que lo dejó soltero de mejor mujer y orgulloso de soledad. Se aplicó Rolando en llenar la primera página blanca con cuidadosa y sentida buena letra. Y después se sentó, se dijo:

—A ver, así es como la viejita va a leer mi libro.

Leyó de pe a pa ese *Lirios doblegados*, envuelto en un mantón de la bienamada, con su más que bien conocida mentalidad, entrecerrando los ojos para imitar su miopía.

La pañoleta fue cayendo de la sien a los hombros, y después como un bollo entre los brazos, en desesperado abandono. Letra a letra, espina a espina, la anciana entró en conocimiento de los turbios conflictos que el hijo evitara pacientemente traslucir. Debajo de la letra, clavo con tétanos, ella veía claro las razones escandalosas e irreversibles de su falta de toda fe.

Ese fue el primer libro que Rolando escondió en su biblioteca. ¿Quién no? "A su edad, no seré yo quien le dé tamaño disgusto", habrá decidido con firmeza.

Rolando era escritor contemporáneo, avisado de que el mensaje no agota la fruición literaria. Tomó otro de los *Lirios doblegados*, el destinado al versado Delavacca, crítico local que no necesita presentación.

—Así —se acomodó Rolando,— leerá Delavacca mi libro.

Debió ser y no fue detenida y fría lectura analítica. Delavacca, puerco, pretendía usar los lirios para envilecer a la diligente clase media en que anidaba Rolando: "La decadencia pudre ahora a los lacayos", sabía que iría a escribir en la gaceta; lo iba rumiando antes de pasar mitad libro. "Obligado a inocularse la ponzoña burguesa, Soler es prueba patente de la última batería de zaparrastrosos que se arroja al Volcán de la Historia. No hay en sistema corrupto lirio que no nazca genuflexo".

Indignado de lo que Delavacca quería ver por su cuenta, en irrespetuosa desconsideración por lo textual evidente, Rolando aprisionó en la biblioteca al segundo volumen marchito.

El tercero fue el del amigo Julián Vico, viejo compadre de tertulia, escritor inédito, quien leyó con un entrecejo de mezquindad, con envidia, con mucha infame mala leche, buscando bajezas bastardas con las que codear a los compinches: "Lo dice en su libro. Cuenta todo". Rolando era persona moral, pero no un santo, y hay traiciones que no pueden perdonarse.

Al cuarto ejemplar lo leyó la viuda de Tomás, quien con entera arbitrariedad concluyó que ese libro corroboraba como muy atinadas sus negativas a las formales efusiones del buen Rolando: "Dios me libró por un pelo. Acá está claro lo que escondía, lodazal, ciénaga palúdica, sangre espesa. Y mi destino entre sus brazos hundirme, tragarme su arena movediza, ahogarme su clínica carcajada".

Usted ya entendió adónde apunta la cosa. A partir del vigésimo ejemplar, quienes empezaron a leer *Lirios doblegados* fueron los desconocidos, y de fija, entre ellos, usted y yo.

Ya concluyo. Rolando —es fidedigno— retuvo los mil ejemplares en su biblioteca, sin donar ni ceder en préstamo uno solo. Para ordenar tamaña mole tuvo que deshacerse de la Enciclopedia Animal, de los Dostoyevski y de los existencialistas. Sin resquemor —apunto de comedido—, que los mil *Lirios doblegados* habrán sido para Rolando, aparte de muchos lectores, muchos autores y muchas obras distintas.

Un día recibí la noticia de su muerte —él, un día, de repente, como pajarito; cinco días más tarde, la madre, a controlarlo—. Me preocupé por rastrear al menos un ejemplar. No lo conseguí y por medio de la presente le contagio la inquietud.

Ya que estamos le voy a ser sincero: a la larga yo he criado resentimiento. Si Rolando Soler no ha dejado que mi volumen me buscara es porque algo le ofendió de mi benigna lectura. Se me ha dado por pensar que, interpretando mal mi modestia, mi naturaleza intelectual de rebuscada simplicidad, Rolando, que en el fondo se menospreciaba a sí mismo, juzgó a mi condescendencia como ignorancia.

Usted, a su vez, sabrá por qué Soler no le dejó llegar el debido ejemplar. Sin rencor, si no le gana el despecho, si se decide a

emprender la búsqueda, le deseo la suerte que no tuve. Que encuentre, no digo todos, ni varios, pero por lo menos un *Lirios doblegados*, uno solo, y ¿por qué no?, que tenga la suerte de que sea el suyo.

Fotografía: Miguel Grattier



Enrique M. Butti (Argentina, 1949) estudió y trabajó en el campo cinematográfico, en la Argentina, y en el Centro Sperimentale di Cinematografia, en Roma.

Publicó su primera novela a los 37 años: **Aialay** (Ed. Sudamericana, Bs. As., 1986) merced a un premio otorgado por un jurado que integraba José Bianco, uno de los más grandes intelectuales y escritores argentinos. Le siguieron: **No me digan que no** (novela, Ed. Colihue, 1989); **Del nombrar y de los nombres** (ensayo sobre poesía, Ed. Colmegna, Santa Fe, 1991) y **Espina de diamante** (teatro, Ed. Colmegna, S. Fe, 1991). Sus últimas novelas, **Carnavalito** y **El Fantasma del Teatro Municipal** serán publicadas este año por Editorial Colihue.